

VIAJE A CHILE



DEL

CANÓNIGO DON JUAN MARÍA MASTAI-FERRETI

DE SU SUMO PONTIFICE.

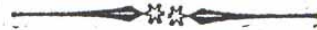
PIO, PAPA IX

Traducido del Italiano i seguido de un Apendice

POR

D. F. Sarmiento

MIEMBRO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, DEL INSTITUTO
ISTÓRICO DE FRANCIA I DE OTRAS CORPORACIONES
LITERÁRIAS.



SANTIAGO DE CHILE,

Mayo de 1848—Imprenta de la Opinión.

Nota a esta edición:

Reproducimos aquí la traducción de Samiento del libro italiano dedicado al Papa Pío IX. Esta obra presenta particular interés, debido a que el traductor añade al trabajo original un prólogo (*Advertencia del Traductor*), diversas notas y un extenso apéndice que conforman casi la mitad de la misma. Nunca fue reeditado y sólo el mencionado apéndice está recogido en el Tomo V de la Edición Nacional de las Obras Completas.

La ortografía ha sido modernizada.

Agradecemos al Museo Histórico Samiento el material facilitado.

VIAJE A CHILE
DEL
CANÓNIGO DON JUAN MARÍA MASTAI FERRETI
HOY SUMO PONTÍFICE
PÍO, PAPA IX

Traducido del Italiano y seguido de un apéndice

por

D. F. Sarmiento

Miembro de la Universidad de Chile, del Instituto Histórico de Francia y de otras corporaciones literarias.

Santiago de Chile

Mayo de 1848 — Imprenta de la Opinión

Advertencia del Traductor

A mi llegada a Roma a principios de 1847, cayó en mis manos el siguiente opúsculo, cuya lectura interesaba allí vivamente, como todo lo que tiene relación con Pío IX; y creyendo que en América y sobre todo en Chile causarían igual sensación, envié a mis amigos para que lo pusieran al alcance del público. Yo he regresado en 1848, y todavía he podido ser yo mismo el intérprete de la sencilla narración que contiene.

Habiendo tenido la satisfacción de ser el primer americano, a quien S. S. recibiese, pude oír de su boca, cuantas muestras puede darse de afección por un país. Chile, ocupa un lugar preferente entre los recuerdos de su vida, siéndole siempre grata la memoria de las personas y lugares que conoció en América. Preguntábame de la salud y existencia de muchas personas que yo no conozco en Chile, Mendoza y Buenos Aires y su complacencia era extremada cuando podía yo darle noticias satisfactorias.

Creo pues, que los que conocieron en Chile al Canónigo MASTAI, gozarán leyendo la sencilla narración de su viaje; y todos los que en oído, entre alabanzas y bendiciones siempre, resonar el nombre de Pío IX podrán vanagloriarse de que su ilustre carrera haya principiado por su misión a Chile y Buenos Aires. Pío IX puede sin impropiedad ser llamado el Papa americano, pues que desde el descubrimiento hasta nuestros días, es él, el primero que antes de subir al solio pontificio, haya conocido el nuevo mundo. Esta idea al menos, parecía agradaarle sobremanera a él mismo, cuando yo me tomaba la libertad de manifestarle el gozo que debían sentir en América al saber su feliz exaltación.

Si añadido que he frecuentado casi todos los lugares indicados en este viaje, sin exceptuar Palma, en Mallorca donde el Conde Mastai estuvo preso, se me disculpará la osadía de poner mi nombre, aunque bajo de sombra fuese, en contacto de tan ilustre personaje; pero el hombre adhiere invenciblemente a todo lo que lo eleva, y la razón no es parte a contener estas manifestaciones, que sonríen a la vanidad del viajero.

Hay además en esta narración una circunstancia que no debe pasar inapercibida, y es que, por el silencio guardado en ella sobre el mal éxito de la misión, y sobre algunos detalles penosos de la época se descubre que, aun antes de ver la luz pública, la censura conciliadora, blanda y tolerante de Pío IX mismo ha debido pasar sobre el manuscrito que refería a la Europa su viaje. El lector chileno se convencerá de ello, al recorrer sus páginas.

Por lo demás yo no intentaré en estas cortas líneas bosquejar el gran carácter histórico que legará a otras edades Pío IX. Su carrera asombrosa apenas comienza, y ya han intentado apreciarla plumas sin comparación aventajadas a la mía. Antes de su exaltación al Pontificado habían ilustrado la silla apostólica, las virtudes cristianas, la piedad, la devoción, y el conato de ensalzar el poder de la Iglesia de muchos de sus antecesores. Estas nobles prendas, muy venerables para el católico, eran sin embargo del todo indiferentes para los que difieren de nosotros en creencias religiosas. A su advenimiento empero, un grito de bienvenida de todos los pueblos del mundo, ha saludado al nuevo Papa; y naciones en masa que por sólo ser Papa, lo habrían mirado con ojos prevenidos, se han anticipado esta vez a ofrecerle el homenaje de su admiración y de su respeto. ¿Qué virtudes ha ostentado, pues,

este hombre tan raras, tan nuevas en su puesto, que han bastado para reunirle el voto de todas las naciones? ¿Por qué al mismo tiempo que el mahometano Sultán de Turquía le enviaba un embajador para ofrecerle las llaves de Jerusalem, los demócratas de Norteamérica le brindaban con el apoyo de sus simpatías y de su dinero para combatir al Austria, y la protestante aristocracia inglesa, discutía y aceptaba la oportunidad de entablar con la silla apostólica las relaciones diplomáticas, interrumpidas desde los tiempos de Enrique VIII? ¿Por qué aquella demanda universal que ponía en actividad los talleres de los artistas de Roma, a fin de proveer a los pedidos que de su retrato se hacían a la vez de la Rusia, los Estados Unidos, el país de los Drusos, la Europa entera y el Asia? Que reflexionen sobre ello, los laicos o eclesiásticos que deseen adquirir una reputación sin mancha. Hay hoy en la tierra una necesidad sin límites de justicia, de derecho, de libertad que enriquecerá de gratitud y de gloria a los que la satisfagan. Los turcos no eran indiferentes por lo visto, a que la Italia dejase de gemir bajo las persecuciones inquisitoriales de una política desconfiada; y el mundo entero ha aplaudido al Papa que ha permitido y deseado que se le llame *liberal*, al Papa que ha dado libertad a la prensa, representación a la voluntad de sus súbditos, responsabilidad a los jueces, derecho de recusación a los reos, y muchas otras de aquellas inmunidades que muestran la dignidad humana, porque sirven de valladar al hombre, contra agresiones injustas. Cuando extendiendo sus manos pródigas de perdón y de tolerancia, hizo descorrerse los cerrojos que tenían aprisionados a millares de hombres beneméritos, o caer las barreras que impedían a otros tantos emigrados ver su anhelada patria, la palabra *de honor* de cada uno de ellos fue el único juramento de fidelidad que creyó necesario exigirles.

¡Ojalá que sus buenos deseos encuentren la justificación que dan los hechos consumados, y el ejemplo puesto por él sea en todas partes imitado!

Creo que es este el lugar de reproducir las palabras que el gran poeta de nuestro tiempo ha dejado oír, desde lo alto de la tribuna francesa, en honor de Pío IX. Fue don del genio siempre, reasumir una época, y hacerse el órgano del pensamiento que en un momento dado, surge, más o menos desenvuelto, en la mente de los hombres. "Señores, decía Víctor Hugo en enero de este mismo año, los años 1846 y 1847 han visto producirse un acontecimiento considerable.

"En el momento en que hablamos está sobre el trono de San Pedro un hombre, un Papa que ha abolido súbitamente todos los rencores, todas las desconfianzas, casi diré todas las herejías y todos los cismas; que se ha echo admirar a la vez — adoptó sobre este punto plenamente las palabras de nuestro noble y elocuente colega el señor Conde de Montalembert — que se ha echo admirar a la vez, no sólo de las poblaciones que viven en la Iglesia romana, sino también de la Inglaterra no católica, sino también de la Turquía no cristiana; que en un día, se puede decir así, ha echo dar un paso a toda la civilización humana ¿Y esto, cómo? De la manera más tranquila, más sencilla, más grande, comunicando públicamente, él, Papa, con las ideas de los pueblos, con las ideas de emancipación y de fraternidad; contrato augusto, útil y admirable alianza de la autoridad y de la libertad, de la autoridad sin la cual no hay sociedad, de la libertad sin la cual no hay nación.

"Señores Pares, Esto es digno de vuestra meditación. Profundizad esto."

"Ese hombre que tiene en sus manos la llave del pensamiento de tantos hombres, podía cerrar las inteligencias, y las ha abierto. Ha plantado la idea de

emancipación y de libertad sobre la más alta cumbre en que el hombre pudiera poner una luz. Esos principios eternos que nada ha podido manchar y que nada podrá destruir, que han echo nuestra revolución y han sobrevivido a ella, esos principios de derecho, de igualdad, de deber recíproco que hace cincuenta años aparecieron un momento sobre el mundo, siempre grandes sin duda, pero feroces, formidables y terribles bajo el gorro encarnado; Pío IX los ha trasfigurado, acaba de mostrarlos al universo resplandecientes de mansedumbre, dulces y venerables bajo la tiara, sin duda porque ella es en efecto la verdadera corona. Pío IX enseña la ruta buena y segura a los reyes, a los pueblos, a los hombres de Estado, a los filósofos, a todos. Gracias le sean dadas. Se ha echo el auxiliar supremo y soberano de esas altas verdades sociales que el continente, para nuestro grande y formal honor, llama las ideas francesas. Él, el señor de las conciencias, él se ha echo el servidor de la razón. Ha venido, revolucionario tranquilizador, a hacer ver a las naciones deslumbradas a la vez y asustadas por los sucesos trágicos, las conquistas, los prodigios militares y las guerras de gigantes que han llenado el fin del último siglo y el principio de este, ha venido, decía, a hacer ver a las naciones que para fecundar el surco en que gemina el porvenir de los pueblos libres, no es necesario derramar sangre, basta derramar ideas; que el evangelio contiene todas las cartas constitucionales, que la libertad de todos los pueblos como el libertamiento de todos los esclavos, estaba en el corazón de Cristo y debe estar en el corazón del Obispo; que cuando lo quiere el hombre de paz es mayor conquistador que el hombre de guerra y conquistador mejor; que el que tiene en su alma la verdadera caridad divina, la verdadera fraternidad humana, tiene al mismo tiempo en la inteligencia el verdadero genio político; que en una palabra, para quien gobierna a los hombres ser santo es lo mismo que ser grande.

“Señores: No hablaré jamás del anciano papado, del antiguo papado, sino con veneración y respeto, pero digo sin embargo que la aparición de tal Papa es un acontecimiento inmenso.

“Sí, insisto, un Papa que adopta la revolución francesa, que hace de ella la revolución cristiana, y que la mezcla de esa bendición que echa desde lo alto del balcón del Quirinal a Roma y al universo, *urbi et orbi*, un Papa que hace esa cosa extraordinaria y sublime, no es solamente un hombre, es un acontecimiento.

“Acontecimiento social, acontecimiento político. Social, porque saldrá toda una faz de civilización nueva; político, porque saldrá una nueva Italia.

“O más bien, lo digo con el corazón lleno de reconocimiento y de regocijo, saldrá la vieja Italia.

“Este es el otro aspecto de ese gran hecho europeo. Sí, señores, soy de aquellos que palpitan pensando que Roma, esa vieja y fecunda Roma, esa metrópoli de la unidad, después de haber engendrado la unidad de la fe, la unidad del dogma, la unidad de la cristiandad, se pone a la obra una vez más y va a engendrar tal vez, con aclamaciones del mundo, la unidad de la Italia.

“Ese nombre maravilloso, ese nombre mágico, la Italia, que ha expresado por tanto tiempo entre los hombres la gloria de las armas, el genio conquistador y civilizador, la grandeza de las letras, el esplendor de las artes, la doble dominación por la espada y por la inteligencia va a volver a tomar, antes de un cuarto de siglo tal vez, su significación sublime, y a volver a ser, con la ayuda de Dios y del que no podía ser mejor escogido su vicario, no sólo el

resumen de una gran historia muerta, ¡sino también el sínodo de un gran pueblo vivo!

“Ayudemos con todas nuestras fuerzas ese apetecible resultado: además, como un pensamiento patriótico es siempre bueno, tengamos presente esto, que nosotros los mutilados de 1818, no tenemos nada que perder con esos cambios providenciales de la Europa que tienden a volver a las naciones su forma natural y necesaria.

“Importa que parta de la tribuna francesa un estímulo grave, serio, poderoso, a ese noble Papa y a esa noble nación, un estímulo a los príncipes italianos que siguen al sacerdote inspirado, y un desaliento a los otros, si es posible.

“Señores Pares: en otro tiempo tendimos la mano a la Grecia: tendamos hoy la mano a la Italia.”

“No lo olvidemos, no lo olvidemos jamás, la civilización tiene una abuela que se llama la Grecia, una madre que se llama la Italia, y una hija mayor que se llama la Francia. Esto nos indica a nosotros, Cámaras francesas, nuestro derecho, que se parece mucho a nuestro deber.”

“Señores Pares: ante las cosas majestuosas que se realizan, que se diseñan, si lo queréis, en Italia por influjo soberano de Pío IX para bien de todos los pueblos y de todos los hombres, el silencio era imposible. Solo he querido decir porque adhiero, con el comentario que he creído útil añadir, a la redacción propuesta por la comisión.”

PREFACIO

Aquel sumo Pontífice Pío IX que ahora vemos, maravillosamente elevado en pocas horas al solio de San Pedro, colmar en pocos días de beneficios a todos sus súbditos; llenar sus corazones de esperanzas tan bellas; echo el objeto del amor de los suyos y de toda la cristiandad, navegó en un tiempo no muy lejano por el inmenso Océano, visitó tierras y pueblos remotísimos, vio nuevas costumbres y leyes nuevas, arrojando para ello toda clase de peligros, llevado tan solo por el amor de sus semejantes. Siendo general el deseo de conocer la vida anterior, y las vicisitudes por las que ha pasado este adorado Pontífice, creemos hacer una cosa grata al público, narrando brevemente la historia de aquel largo y venturoso viaje, y casi poniéndonos al lado suyo, recorrer con él los mismos mares, y visitar aquellos países mismos que él recorrió y visitó ¡Cuán bello será notar los muchos y diversos lugares que vio Pío!; y cuanto más agradable será para el peregrino que un día recorra aquellos lugares mismos recordar, que allí estuvo Pío, por allí pasó, aquí permaneció; y en medio de la furia de los vientos, al amotinarse las olas con gran peligro de la vida, alzando al cielo los ojos y esperando, traer a la mente el recuerdo de peligros iguales sufridos también por el buen Pontífice, y sobrellevados con paciencia.

La historia de este viaje fue ya publicada en 1827 por el sacerdote don José Sallusti, el cual extendiéndola en unos cuatro buenos volúmenes, tocó

cosas que eran, o fuera de propósito, o poco importantes a la simple narración que nosotros intentamos hacer ahora, más bien que dar de nuevo a luz aquella relación misma, cuya lectura pocos habría que sobrellevasen pacientemente; pues que Sallusti tomando la narrativa desde Roma, y principiándola desde la primera posta, que es la de Storta, va paso a paso describiendo menudamente todas las ciudades, villas y aun aldeas que, pasando por Toscana, Bologna, Modena, Parma, y Placencia se encuentran hasta llegar a Génova, de la que habla difusamente. Nosotros por el contrario, absteniéndonos de hablar de todos estos lugares por ser demasiado conocidos, y partiendo con nuestra relación desde Génova mismo, llegaremos a Santiago de Chile punto extremo visitado por MASTAI.

Es hoy de todo el mundo sabido, que en Sinigagliá, antigua y floreciente ciudad italiana en el estado de la Iglesia sobre el litoral adriático, nació en Mayo de 1792 Juan María Mastai Ferreti, hijo del conde Jerónimo Mastai Ferreti. Enviado a los once años de su edad al colegio de Volterra salió de allí a la diez y siete años, y terminados sus estudios vino a Roma, donde tenia un tío prelado. Permaneció poco tiempo en la capital del orbe cristiano, volviéndose luego a su patria, donde residió hasta 1814. Poco tiempo más tarde tomó de nuevo el camino de Roma, en donde le vino el pensamiento de entrar en los guardias nobles; pero habiendo por razones de salud sido disuadido de esta idea, tomó después el hábito sacerdotal, consagrándose desde entonces todo entero al cuidado de los jóvenes del hospicio llamado de Tata-Giovanni, obedeciendo en ello a su inclinación, a actos de verdadera piedad, y a su amor por sus semejantes. Mucho tiempo dudó consagrarse sacerdote, por hallarse atacado de epilepsia; pero confortado por Pío VII dijo la primera misa en 1819, siendo nombrado después director del hospicio de San Miguel.

Corría el mes de agosto de 1822, siendo pontífice todavía Pío VII, cuando el arcediano don José Ignacio Cienfuegos que representaba la nación de Chile, llegaba a Roma a pedir al mismo sumo pontífice una misión apostólica en aquella tierra, y el pontífice, habiendo convocado con este motivo una congregación especial nombró al principio como vicario apostólico a Monseñor Ostini, hoy cardenal y obispo de Albano, el cual por motivos personales renunció a dicha misión. En su lugar fue propuesto don Juan Muzi, ahora obispo de Citta di Castello, el cual se prestó fácilmente a aceptar el encargo, yendo con él en calidad de compañero MASTAI, y Sallusti como secretario. He aquí por que circunstancias nuestro sumo pontífice vio aquellas lejanas regiones, que haciéndose hoy tanto más importantes por su nombre, vamos a describir en este opúsculo.

CAPÍTULO I

Partida de Roma. Navegación desde Génova a Gibraltar.

El tres de Julio de 1823 partía de Roma don Juan María conde de Mastai como compañero del señor Muzi, y con él, el señor Sallusti, en carácter de secretario: un padre Raimundo Arce de los dominicos reformados de Santiago de Chile; el representante de esta nación don José Ignacio

Cienfuegos, y un padre Luis Pacheco de la orden de observantes menores de Buenos Aires, el cual había venido igualmente a Roma a pedir para su país un misionero apostólico, para lo que se dio también facultad al mismo Muzi. Toda esta comitiva partió de Roma con dirección a Génova, donde los viajeros se detuvieron pocos días, hallando presto a trasportarlos un bergantín francés, llamado la Eloísa, en el cual se hicieron a la vela el cinco de Octubre. Corrieron todo aquel día con buena navegación, pasando sin peligro el temido golfo de León; pero en la tarde del diez comenzó a soplar tal sudestada que dio motivo de temer próxima tempestad. Y en efecto, a eso de media noche, navegando por las aguas de la Cataluña, fue la nave arrojada hacia las costas de Tarragona, enfureciéndose cada vez más el mar, hasta pasar de un lado a otro las olas por sobre la nave, no sin riesgo de hacerla zozobrar. Parecía al día siguiente calmarse un tanto la tempestad, pero arreciando de nuevo en la noche del doce, aumentóse el peligro por un huracán que daba nueva furia a la borrasca, y faltó poco para que la nave se perdiese, teniéndose ya todos por muertos. No es posible decir el terror y la confusión que reinaba en ella. MASTAI no podía desde el principio moverse del lecho, a causa del mareo; pero siendo extremo el peligro, y dispuesto cada cual, a perder entre aquellas olas la vida, él también se puso de pié, y como los otros, sentóse en el pavimento por debilidad de los miembros, cuando por un imprevisto golpe de mar, fue arrojado de uno a otro lado de la cámara. En la mañana del trece, encontrándose el bergantín en el golfo de Valencia, se calmó un poco la tempestad, pero sin cesar del todo el viento, de manera que en la noche arreciando de nuevo, renovose más desecha, haciendo más inminente el peligro de la vida. Entonces el capitán resolvió poner la proa hacia la isla de Ibiza, la menor de las Baleares, para abrigarse en aquel puerto, y ya estaban a punto de entrar en él, cuando habiéndose levantado un furioso torbellino, echó de nuevo el madero a merced de las olas, andando toda la noche en rumbo contrario, hasta que al amanecer del siguiente día, calmado un tanto el mar y despejado el cielo, pudieron anclar en frente de Palma, ciudad capital de la isla de Mallorca, Esta ciudad con una población de 20,000 habitantes, situada sobre una llanura y extendiéndose sobre la orilla del golfo, ofrece, mirada desde el mar, una hermosa apariencia, contribuyendo al efecto, el gran número de molinos de viento que se elevan en sus dos extremidades, los cuajes girando a un tiempo dan nueva animación al espectáculo. Su población, compuesta de naturales y extranjeros es muy supersticiosa, pues los naturales creen que los moros, los cuales son allí *extranjeros*, descendientes de los que en tiempos remotos invadieron toda la isla, son gente profana y tienen además una pequeña cola en señal de detestación y de vileza, por lo cual los llaman coludos, aborreciéndolos y despreciándolos grandemente. No se comunican con ellos y es fama que no hay ejemplo de matrimonios entre las dos razas.

Palma tiene en la vecindad de la Catedral, un pequeño muelle artificial, pero su puerto todo obra de la naturaleza es un seno de mar grande y seguro, donde se dice, no hay memoria de haber naufragado buque alguno. Tiene una circunferencia de forma oval de cerca de diez millas, y una estrecha baya, formada por una pequeña colina toda sembrada de casas de campaña, en seguida el lazareto, y al fin una extensa llanura en que se alzan otros muchos molinos de viento que se unen con los de la ciudad.

Muy mal acogidos al arribar al puerto fueron nuestros viajeros por los Mallorquinos, que los tuvieron por sospechosos de peste; pidieron que todas

sus cartas les fuesen entregadas, y amenazando con echar a pique el buque, o quitarle el timón para que no se escapase, exigieron de la autoridad que el señor Vicario apostólico, bajase a entenderse con los que querían hablarle, por lo que, cediendo a la fuerza, pasó con el canónigo MASTAI en una pequeña lancha, atravesando el golfo, no sin peligro por hallarse todavía agitado, y apenas tocaron en tierra fueron encerrados en la triste cárcel del lazareto, a donde fue a reunírseles Sallusti, tan luego como supo lo acontecido. Al día siguiente fueron llevados a declaraciones, reuniéndose para ello el tribunal a la entrada del lazareto mismo. El alcalde de la ciudad presidía la mesa, como juez procesante, teniendo a ambos lados, otros dos ministros, y al frente un notario de aspecto cadavérico. En medio de la sala estaban sentados en un banco de madera, primero el señor Vicario y en pos de él sucesivamente MASTAI y Sallusti. Antes de comenzar el interrogatorio se hicieron fumigaciones por temor de la peste, y en seguida comenzaron los cargos. También el señor Cienfuegos y el Padre Arce fueron llamados a aquel tribunal, y como se negasen a obedecer, fueron amenazados con la fuerza. Mientras tanto el señor Vicario se apresuraba a escribir a la autoridad pidiendo su libertad, porque pronto se esparcieron por la ciudad rumores los más contradictorios sobre el hecho. En seguida se pusieron guardias a los prisioneros por temor de que el pueblo se agrupase en torno de la prisión, y convocando apresuradamente un consejo de las principales autoridades, dos cuestiones fueron en él propuestas, 1.^a si el Gobierno de Mallorca tenía el derecho de arrestarlos, y 2.^a si una vez arrestados, tenía el derecho de retenerlos. A la primera respondieron todos unánimemente que sí; por cuanto el Gobierno español tenía derecho de saber que fin llevaba a un arzobispo o vicario apostólico a América, en donde el derecho de nominación de los obispos correspondía a la sola corte de España. En cuanto a la segunda cuestión tres, de los cinco que componían el consejo, fueron de parecer que era muy conveniente retenerlos para que permaneciese inviolable el derecho de las nominaciones episcopales; y ya se les daba por segura cárcel, el presidio de Ceuta en las costas de África; pero los otros dos, entre los cuales se hallaba el obispo de Mallorca, se opusieron fuertemente, tomando este último la palabra en su defensa; y la sesión fue interrumpida para oír también sobre el asunto, al jefe político que faltaba en aquella asamblea. La mañana siguiente, puestos todos en libertad, y enviados de nuevo a su buque pronto se pusieron en camino hacia Gibraltar, y después de una próspera navegación la mañana del veintidós enfrentaron nuevamente a Ibiza. Es esta una islita perteneciente a la corona de España mucho más pequeña que Mallorca y Menorca, que pertenecen a la misma corona en el Mediterráneo, siendo muy placentera la vista que presenta hacia el mar, y no del todo insignificante su puerto.

Se habla de una costumbre que existía aquí en otro tiempo, y es que cuando alguna mujer iba a casarse, al salir de la propia casa para pasar a la del esposo, los parientes y los amigos del novio, la acompañaban a fusilazos, cargados con pólvora, que disparaban entre las piernas de los circunstantes, y particularmente de la esposa¹. Y aquel que le tiraba su tiro de más cerca sin ofenderla era aplaudido de todos; de donde resultaban atropellamientos y frecuentes heridas, por lo que fue prohibido este uso.

¹ Esta costumbre existe aun en Valencia; y debe venir de la *fantasía* árabe, simulacro guerrero con que festejan a sus jefes.

En estos parajes se levantó de nuevo la sudestada, que obligó al buque durante toda la noche a acercarse enfrente de la Brecha de Orlando, que es una montaña de Valencia muy alta y escarpada, la cual a causa de una hendidura que tiene en la cima, es llamada así por los marineros. Cuentan que al pasar por allí enfurecido Orlando, y viendo que era difícil pasarla, siempre airado la dividió con su espada, y de este modo se abrió paso. A quince millas de allí hacia el poniente, vieron sobre la playa del mar Villagososa, grande y alegre ciudad en aquella costa de Valencia. Después el Santo Sudario, y otros lugares muy agradables, entre ellos Alicante; y siguiendo la costa de Valencia, hicieron rumbo hacia el Mar Chico, que es una reunión de aguas, las cuales introduciéndose por un pequeño seno de mar, en los valles vecinos, se estagnan en grande abundancia, de donde le viene el nombre. Tiene una circunferencia de más de doce millas, rodeado de colinas amenas, y de pequeños lugares muy deliciosos, y rico además en buenos pescados. Allí vecino está un escollo, enteramente estéril e inhabitado, que los españoles llamaban isla grande, porque otros cuatro más pequeños y de la misma naturaleza están cerca. Viene en seguida el Cabo Palos, del todo desierto y circundado de montañas desnudas. A veinte millas de allí, vieron a Cartagena. Esta ciudad fue fundada por Asdrubal, general de los Cartagineses, y es hoy silla episcopal, bella y dotada de un gran puerto. De Cartagena siguieron al Cabo de Gades, donde hay un alto escollo con una mancha blanca, que de noche parece un buque parado en el mar. En toda la costa no observaron sino montañas deformes y estériles, y en un cierto plano de un montecillo la que llaman Mesa de Orlando, a donde los marineros, siempre amantes de fábulas, cuentan que una torre truncada le servía de tasa, deteniéndose allí el furioso a comer.

La mañana del veintiséis, comenzaron a entrar en la provincia de Granada, cuyas montañas interiores están casi todo el año cubiertas de nieve. Mas la costa es una continuación de colinas amenísimas expuestas al mediodía, bien cultivadas y cubiertas de villas deliciosas; y nuestros viajeros pasaron a la vista durante un bello día. Entre las diversas vistas les agradó sobremanera la de Málaga, sede episcopal, guamecida de dos castillos, que defienden el puerto y lo hacen uno de los más frecuentados del Mediterráneo; y habrían de buena gana descendido a visitarla, si la memoria de cuanto habían sufrido en Mallorca, no los hubiese retenido. Finalmente la mañana del veintisiete llegaron a Gibraltar, llamado así de *Gibel* que significa monte alto, porque en realidad es una alta roca que se levanta del mar, en un ángulo del continente español. Tiene cuatro a cinco millas de circunferencia, y los antiguos lo llamaron el monte Calpe en el continente europeo que está enfrente al monte Ábila en el África, sobre las costas de Marruecos, llamadas ambos columnas de Hércules. La ciudad de Gibraltar es muy agradable y tiene veinte mil habitantes, situada entre el mediodía y el poniente en la falda de la misma montaña. Está dividida en dos barrios, uno grande que se llama propiamente la ciudad, y otro fuera de la puerta que llaman la Punta de Europa. El primero está circundado por una muralla defendida con frecuentes baterías, y en todas las puertas hay puentes levadizos. Las mismas puertas se cierran todos los días al ponerse el sol, dando de ello aviso un cañonazo, y no se abren sino al salir de nuevo el sol. La entrada del puerto que conduce a la ciudad está entre la batería continua bajo la cual están las habitaciones de los artilleros. En seguida comienzan las casas de la ciudad, las cuales están casi enteramente pintadas

al exterior de colorado y amarillo. Mas por estar demasiado pegado a la montaña es este lugar muy húmedo en el invierno, mejor para ser habitado hacia la Punta de Europa, la que goza enteramente de exposición al medio día. Entre las cosas que merecen más recordarse, hay una gruta llamada de San Miguel, donde cuentan que antiguamente había un templo de idólatras. Tiene esta gruta una entrada muy pintoresca, excavada en la roca viva a guisa de un arco. El interior tiene una bóveda esférica, sostenida en el medio por dos pilastras, y en torno por una especie de columnas, formadas de petrificaciones acuáticas. Luego otras estalactitas que forman con bellísimos adornos tantos nichos donde los gentiles colocaban sus simulacros, habiendo de un lado una especie de ara sobre la cual hacían los sacrificios. Vienen a continuación hacia la izquierda de esta especie de capilla dos abismos cavernosos cuyo término no es conocido.

El paseo público de Gibraltar encontraronlo nuestros viajeros bello, y variado con una mezcla de árboles frutales y de flores olorosas, con dos cenáculos de forma redonda, muy bien contruidos de madera y en forma de templos. Cerca de uno de ellos se alza una columna de mármol sobre cuyo capitel está colocado el retrato del General Wellendey, duque de Wellington, en bronce, fundido de uno de los cañones tomados en la famosa batalla de Waterloo. Enfrente del otro cenáculo está la estatua del General que defendió a Gibraltar cuando los españoles trataron de reconquistarla. Antes de salir de aquel paseo, visitaron un recinto en que se hallan reunidos los más preciosos monumentos fúnebres de los oficiales ingleses. La Punta de Europa es una grande construcción sobre el mar muy deliciosa, estando además ambos barrios reunidos por una bellísima vía, en extremo llana y a toda hora frecuentada por el gentío que va y viene de una parte a otra. Ambas dos están defendidas por la fortaleza más considerable que existe en el Mediterráneo, siendo como la llave que abre y cierra el grande Océano. Esta obra es toda artificial, construida de piedras extraídas de las faldas de la montaña, la cual es una roca viva de durísima naturaleza. Hay dentro de ella millares de cañones, la mayor parte de ellos encerrados en la montaña misma, de manera que invisibles de afuera arrojan balas por otros tantos agujeros taladrados en la roca viva. Hay además en sus interiores cómodos cuarteles para gran número de artilleros, los que en tiempo de guerra pueden libremente recorrer toda la montaña, ir de la base a la cima, de un lado al otro, y hacer ejercicios militares sin ser vistos ni molestados por el enemigo. Su puerta de hierro no se abre jamás a nadie sino a los empleados del mismo fuerte, a no ser que sea a un alto personaje.

El puerto de Gibraltar es suficientemente grande, pero sólo la extremidad de un pequeño golfo presta abrigo a las naves, no siendo muy seguro en la parte que dominan los vientos. Todo el día veintisiete permanecieron nuestros viajeros allí, cumplimentados por el Vicario apostólico, el Cónsul pontificio y por otros ilustres personajes de la ciudad.

CAPITULO II

Navegación de Gibraltar a la Isla de Lobos.

Eran las ocho del veintiocho de Octubre cuando nuestros viajeros dejaban a su derecha el golfo de Gibraltar, y pasaban el estrecho comprendido entre la costa de África y el gran canal de Tarifa; y allí avanzada ya la noche apareció ante ellos el grande Océano. Tarifa es un lugar no muy grande, llamado aun de las bellas damas por la beldad que ostenta allí el bello sexo, al mismo tiempo que los hombres son valerosos combatientes. La costa de Tarifa es bien cultivada, siendo por el contrario estéril y llena de escollos la que le está opuesta por el lado de África.

Ora navegando con vientos propicios, ora con agitado mar, en la mañana del cuatro de noviembre se pusieron cerca del Pico de Tenerife que es un monte majestuoso y verdaderamente pintoresco. Su primera basa constitúyela la alta montaña que forma la isla, y a su respaldo surge el portentoso monte sobre una base orbicular de desmesurada periferia, que estrechándose poco a poco conserva la forma primitiva hasta un tercio de su altura. Allí hace una especie de depresión, y eleva su mole sobre otra basa orbicular algo más pequeña, tomando en seguida la forma de un cono recto en el cual termina su excelsa cumbre. Estaba aquella montaña cubierta toda de nieve escarchada, y los rayos del sol que la bañaban la hacían resplandecer como si fuera una masa de plata bruñida.

Si la industria y actividad de los marineros no hubiesen venido en auxilio de nuestros viajeros en el gran peligro que en aquellos parajes corrieron, casi al pié de tan sublime montaña, habrían encontrado la muerte, pues que una repentina sudestada se levantó para hacer tocar un bajío a la basa de la montaña misma.

En seguida visitaron todas aquellas islas Canarias que son en número de doce (las Fortunatas de Tolomeo a lo que se cree) en torno de las cuales anduvieron bordejeando. La mayor y la más fértil de ellas es la isla de Tenerife descubierta por el español Alfonso de Lugo en 1496, en medio de la cual se levanta el Pico de Teide, sembrado en sus faldas de villorrios, y lugarejos agradabilísimos, que esmaltan una campaña risueña. Es la principal ciudad de esta isla, Santa Cruz, situada a la parte del mediodía, no muy grande y con un puerto mediocre. Las Canarias pertenecen a la corona de España y fueron llamadas así desde que el valerosísimo Pedro de Vera descubrió la primera de ellas en 1483, que hoy es bella, rica y mercantil capital de todas las islas y defendida con un fuerte castillo.

Domían todos tranquilamente antes de la media noche cuando de improviso fueron sacados de aquel universal silencio por un ronco son de bocina de la cual salían voces ásperas y confusas en idioma inglés. Eran corsarios de la República de Colombia que desde lejos daban voces a nuestros viajeros, los cuales despertaron llenos de miedo y de angustia. Habiéndose aproximado el buque de aquellos corsarios al de nuestros viajeros, su capitán y el ayudante de nación española pasaron a bordo del último, y asegurándose de que nada tenían de contrabando para la República de Colombia, se separaron amigablemente y con toda urbanidad.

Al salir de las Canarias se les presentó el Océano con aspecto risueño y tranquilo, y el viento propicio impelía dulcemente la nave encrespando las olas del mar, durando esta navegación hasta la mañana del diez, en la cual pasaron el trópico de Cáncer y entraron en la zona tórrida. En la tarde del doce pasaban delante de la isla de la Sal, que es una de las principales de Cabo Verde y que presenta dos cabos y nueve montañas, todas dispuestas en línea recta de norte a sur, excepto una que está un poco a la derecha: y por tener la última de estas montañas una copiosa mina de sal se ha dado aquél nombre a toda la isla. La mañana siguiente vieron las islas de Mayo y Santiago, siendo capital de esta Ribería grande, ciudad bella y muy poblada, donde residía el Virrey de Portugal, a cuyo país pertenecen aquellas islas. Llámense de Cabo Verde por estar al poniente de aquel promontorio, y de los antiguos fueron llamadas, Gorgonas, Gorguedas y aun Espérides, siendo descubiertas en 1460 por Antonio Noli genovés.

Como a medio día del trece pasaron el paralelo de la isla de Martinica, la mayor de las Antillas llamadas de Barlovento o sea sobre el viento para distinguirlas de las de sotavento. La Martinica es fertilísima en azúcar, cacao, índigo, algodón, aloe y tabaco, de todo lo que se hace mucho tráfico con los extranjeros en Forte San Pedro, ciudad bien fortificada, capital de toda la isla y muy frecuentada de todas naciones.

Sublime verdaderamente fue el espectáculo que a la aproximación a la línea se les presentó en el seno del grande Océano bajo la zona tórrida. Tal era el ponerse el sol cuando las tardes eran serenas y despejadas, y las aguas estaban en la mayor calma.

En medio de muchos obstáculos del mar que estaba agitado por una sudestada, el día veintisiete pasaron por las inmediaciones de la peña de San Pedro, que es un desierto escollo que surge repentinamente cerca de la línea equinoccial, poco después de pasada ésta en medio de las fiestas y de la alegría de los marineros; pues que acostumbran hacer en aquel momento mascaradas y festines llenos de gozo, como lo hicieron aquel día vistiéndose uno de Neptuno y otros de oficiales y ministros de aquel dios. Los pasajeros acostumbran, y así lo hicieron los nuestros, pagar un tributo a Neptuno, pues que si alguno se niega es al punto asaltado con baldes de agua por sus ministros, no pudiendo si no paga escaparse del baño. Aun MASTAI y el mismo vicario apostólico pagaron su tributo de un escudo. A las ocho de la noche del veintisiete pasaron la línea o sea el punto que divide uno de otro hemisferio; y mientras que de ordinario suele hacerse este pasaje con excesivo calor, al declinar el día, se levantó repentinamente tan impetuoso viento que hizo partir a nuestros viajeros con fresco suficiente para aliviarlos del calor sufrido en los días anteriores. En la tarde del cinco de Diciembre pasaron el paralelo de la Isla de Santa Elena que yace a' los 16° después de pasada la línea, hacia el Cabo Negro en la Costa de África. Calientes estaban aun allí las cenizas de aquel Bonaparte que será la maravilla de los siglos venideros, y de quien recibirá su nombre el nuestro. Casi a la vista de Santa Elena, MASTAI trajo al pensamiento a aquel hombre extraordinario; recorrió las pasadas vicisitudes, meditó sobre los acontecimientos humanos, y su bella alma sintió que más bien podían regirse los pueblos con la paz y la clemencia que no con el terror y con las guerras.

Dos grandes incomodidades sufrieron aquí nuestros viajeros: calor y sed excesiva. Sábese que bajo la línea equinoccial el agua de beber toma un color

verde y se corrompe, y con esta agua estaban obligados a apagar su sed en despecho de la repugnancia del estómago y del paladar. Debajo de la línea entre la peña de San Pedro y la costa del Brasil en la isla de Arena, creen los marineros que existe una profunda gruta llamada por ellos el Palacio de Neptuno y sobre la cual cuentan muchas fábulas.

Un helado viento se levantó en la mañana del siete de Diciembre, que revolviendo las olas atomentaba los costados de la Eloísa que corría sobre las mismas olas. Volvió la calma, pero levantóse nueva tempestad más fiera que antes, y en este estado a las ocho de la noche del nueve de Diciembre pasaron el trópico de Capricornio, casi un mes después de haber pasado el de Cáncer, lo que aconteció el diez de Noviembre. Es indecible, el frío que experimentaron aquí añadiéndose además la escasez de alimentos, porque en las varias tempestades habían muerto casi todas las gallinas y ánades, y las pocas aves que quedaban era preciso repartirlas entre diecisiete personas, de manera que aun el hambre comenzó a hacerse sentir.

No repetiremos continuamente las frecuentes alternativas de calma y de tempestad que, navegando por aquellos dilatados mares, experimentaron; pero entre tantas borrascas recordaremos la que sufrieron el veintidós, tan grande, que cuanto en el buque había, andaba de un extremo a otro, sin que nadie pudiese tenerse en pie. El canónigo MASTAI mientras todos los demás pasajeros estaban sentados en círculo en medio de la cámara rezando el rosario, fue arrojado tan violentamente de una parte a otra que por poco no cae sobre el Padre Arce que estaba colocado al lado opuesto. De repente se levantó un grito universal de los marineros sobre cubierta: se recogieron las velas; se despojaron los mástiles; y el barco permaneció inmóvil como si estuviese amarrado por la proa. Los marineros corrían en todas direcciones, confusos, desconcertados y llorando. El capitán gritaba, ¡"apresta la lancha"! En el entretanto la lluvia caía a torrentes, y habiendo uno de nuestros viajeros subido sobre cubierta a saber lo que ocurría, al echar la vista hacia el mar, descubrió al piloto luchando con las olas. Estaba el infeliz sobre cubierta ocupado de amarrar cuando un golpe de mar lo arrastró consigo, y la corriente lo había trasportado ya a un cuarto de milla. Gritaban algunos en idioma español "tierra, tierra" augurándole la tierra al pobre náufrago; otros entendieron en aquella voz "guerra, guerra" y temieron un asalto de los corsarios. El canónico MASTAI que desde la ventana de la cámara, había visto aquel espectáculo exclamó "¡Dios mío! ¡Dios mío!" y Cienfuegos habiendo entendido, "tío mío, tío mío" (*zio mío*) temió que en aquel momento los corsarios hubiesen herido a algún marino, tío suyo. Esta confusión de cosas aumentaba el terror y la angustia de todos, cuando echada la lancha al mar, tres valerosos marineros genoveses, arriesgando su propia vida, salvaron la del náufrago ya próximo a perderla, después de un duro combate con las olas de cerca de una hora. Entre tanto crecía la tempestad, la lluvia caía a cántaros, mugían los vientos, el barco andaba a merced de las olas, y contaban, los más envejecidos en el mar de entre los marineros que allí había, que nunca vieron cosa semejante. En medio de tales peligros se añadía para MASTAI un fuerte mareo que lo tenía anonadado. No se veía el horizonte; montañas de aguas, sucediéndose y levantándose unas sobre otras, encerraban y amenazaban tragarse el bergatín. Parecía llegado el fin del mundo; pero aun de esta borrasca escaparon, habiendo poco a poco vuelto a calmarse el mar. Se iban en tanto aproximando a las costas de América, y vueltos a la alegría por haber

cesado la tempestad, y por hallarse próximos a tocar tierra, se ocuparon largo tiempo en cazar halcones marinos.

Son estas aves una especie de nuestros halcones, pero de más bello aspecto, de tamaño enorme, alto el cuello, pecho elevado, grande y bien formada la cabeza que llevan majestuosamente levantada hacia arriba, provista de un casi doble pico corvo y cortante, y como acanalado por la parte superior de una manera bellísima. Las alas enormes y toda la pluma de un color rojizo y sumamente suave.

El veintisiete, por fin, a las tres de la tarde el marinero que estaba de vigía en lo alto del mástil anunció tierra, a cuyo aviso, un grito de júbilo y un viva universal se levantó de todas partes, bendiciendo aquel momento, sin que sea posible decir cuanto placer penetrase en sus corazones con aquella vista tan deseada, después de haber pasado por tantas tempestades y tantos peligros.

CAPÍTULO III

Navegación de la Isla de los Lobos a Buenos Aires. Entrada y residencia en aquella ciudad.

La primera tierra americana que nuestros viajeros vieron fue la Isla de los Lobos y el Cabo de Santa María. Aquella es un paraje enteramente desierto, habitado solamente por los animales marinos que le dan nombre, los cuales pasan el día en el mar, alimentándose de peces, y en la noche abríganse en la isla, a donde los marineros suelen ir a darles caza, a palos, siendo estos animales tímidos e incapaces de defensa. Se asemejan a nuestros perros, y se cogen solamente por la piel cubierta de un pelo muy tupido y suave que sirve para adorno de vestidos y para birretas, o gorras, muy en uso. Esta caza suelen hacerla los ingleses. Otros habitantes fuera de lobos no hay allí a causa del excesivo frío que hace. Poco después de haber visto esta isla vieron el Cabo de Santa María al norte, todo cubierto de cabañas, que sirven de habitación a los campesinos y a los pescadores. Las partes mas habitadas son las dos extremidades, Pan de Azúcar hacia Montevideo, y las Ánimas hacia Maldonado. Esta última cuyo nombre le viene de su descubridor es la comarca más grande y la más fértil. Pan de Azúcar, llamado así por la figura, y las Ánimas que es la montaña más baja de todas, es llamada así porque los salvajes que antiguamente habitaban la parte oriental de la Cordillera hacia Buenos Aires, creían que las almas de sus muertos venían a habitar aquella montaña, siendo además un paraje en que ocurren frecuentes naufragios. Desde el Cabo de Santa María al Cabo de San Antonio hay ochenta millas, espacio que ocupa la embocadura del Río de la Plata que entra en el grande Océano. Otros dicen que la verdadera embocadura de este río, está entre Montevideo y las Piedras, y que no tiene mayor anchura que 40 millas, angostándose desde allí hasta Buenos Aires, entre cuya ciudad y la Colonia del Sacramento, el río no tiene más de veinte millas de ancho, y cuatro brazas de profundidad media, la que disminuye a medida que va ensanchándose.

La mañana del veintinueve, después de haber experimentado otra fierísima tempestad se hallaron a la vista de Montevideo, y cuando estaban cerca del banco Inglés, se levantó de repente un viento llamado Pampero, que corresponde a nuestro poniente, el cual fue tan violento que los obligó a retroceder y guarecerse detrás de la Isla de Flores, por defenderse contra el viento y la corriente que los llevaba por delante con furia irresistible. Al oír Isla de Flores, creíase que es un lugar bello y florido, si hubiese de darse fe al nombre; pero se engañaría uno mucho en ello, pues dicho nombre más parece una ironía, no siendo aquella isla sino dos rocas desnudas con pocas y pobres cabañas de pescadores. En derezeras de aquellos peñascos se paró el bergatín; pero no permaneció largo tiempo, pues que no tomando el ancla bien el fondo demasiado fangoso, era echada, por la corriente y la violencia del irresistible viento que se levantó, sobre las montañas de Pan de Azúcar y de las Ánimas, de manera que no les quedaba otro remedio de salvación que ganar la alta mar. Fue este momento tristísimo, pero mayor aún se hizo el peligro y más inevitable la muerte cuando enredadas las anclas en medio de aquellos escollos, no había fuerza ni arte humano que desembarazase el bergatín, el que al mismo tiempo estaba todo desmantelado. La mañana siguiente se encontraban a ochenta millas de la Isla de Flores, fuera de la embocadura del Río de la Plata, y allí sin haber podido hasta entonces tomar alimento alguno por los muchos sufrimientos, tuvieron al fin un momento de reposo. Permanecieron en calma todo aquel día, hasta que en la siguiente mañana que fue la del treinta de Diciembre, volvió el viento aun más furioso que los días pasados, y de tal manera se creyeron perdidos que el capitán mismo gritó, "debe concluir el mundo, porque aquí ha concluido para nosotros". Pero aun de esta nueva borrasca escaparon con vida, y en breve se encontraron de Pan de Azúcar y de la montaña de las Ánimas; descubriendo nuevamente la Isla de Flores, en la que se guardaron de volver a pasar la noche. Aquí se aproximaron demasiado al Banco Inglés, llamado así, por haber sido descubierto por un buque de aquella nación. Es este banco una aglomeración de arenas y piedras, aun no bien conocida, porque la corriente del río ya quita, ya acumula nuevas arenas. Tan peligroso es el lugar que lo llaman la sepultura de los marineros. Salvado también este peligro el primero de Enero de 1824 a las diez de la mañana se pusieron al frente de Montevideo.

Cuentan que un soldado portugués gritó en latín al ver este monte, *Montem video*, de donde viene el nombre de Montevideo. Es ésta una bella ciudad de cerca de catorce mil habitantes, construida a las inmediaciones de una colina, siendo como la segunda llave después de Gibraltar para entrar en la América Meridional, y por tanto es importante y bien fortificada. En aquellos días el jefe de la ciudad estaba capitulando con el emperador del Brasil, el cual tenía de todos lados bloqueado el puerto. Poco se detuvieron allí nuestros viajeros, sino es el tiempo necesario para procurarse andas en reemplazo de las que debieron dejar abandonadas en el mar, y recibir visitas de bienvenida del vicario capitular, de otros sacerdotes, y del secretario del comandante general de aquella ciudad; por lo que haciendo vela de nuevo siguieron su camino con viento en popa. Nueva tempestad asaltólos enfrente de la Ensenada de Barracán que es un pequeño golfo formado por el Río de la Plata, y un riachuelo hacia la parte meridional, viéndose pocas habitaciones en rededor del golfo. Es recordada la Ensenada como el punto en que desembarcaron los ingleses, cuando se apoderaron momentáneamente de la

ciudad de Buenos Aires. En frente de esta pequeña colonia, vieron en la costa septentrional del mismo río, la otra llamada del Santísimo Sacramento.

No pasaremos en silencio que antes de llegara a Buenos Aires nuestros pobres viajeros sufrieron una nueva especie de tormento, el cual fue una nube de mosquitos, que al pasar el río se alojaron en el buque, y lo cubrieron de tal modo, que no se distinguían ya ni velas ni mástiles; y aunque se cubrían la cara y las piernas con paños tupidos eran cruelmente traspasados por sus picaduras. Pero he ahí que al fin entran en el puerto de Buenos Aires, y recogidas ya las velas, y echadas las andas, dieron aviso a la ciudad de su arribo con siete cañonazos, mientras que en el buque mismo se alzó un grito general de "viva el Vicario apostólico" "¡Viva Chile!". La mañana siguiente de este día que fue el tres de Enero el Supremo Gobierno mandó un bellissimo bote suyo con cuatro comisionados para recibir a Monseñor Muzi, su compañero MASTAI, y los demás de la comitiva.

Todas las autoridades eclesiásticas, civiles, y militares con una multitud inmensa de pueblo estaban esperando el desembarco para recibir solemnemente al Vicario apostólico, que repetidas veces había suplicado se le dispensase de aceptar aquella pompa. En efecto, dejó para evitarla que la noche sobreviniese y partió del buque cerca de las siete. Ni aun esta precaución bastó, pues cuando hubieron descendido a tierra encontraron iluminadas todas las casas, y bien que la hora fuese avanzada, gran muchedumbre de pueblo salió al encuentro del Vicario apostólico, que no pudo excusarse de permitir que gran número de gentes le besase la mano. Precedían a los bienvenidos viajeros, niños y niñas de dos en dos con faroles de cristal en las manos. Los viejos exclamaban: "Bendito, el que viene en nombre del Señor" y así acompañados, hasta la fonda de los Tres Reyes, encontraron puesta una mesa suntuosa, con treinta cubiertos, y los manjares servidos. Alegres brindis al Vicario apostólico, a Chile, a las naciones americanas se cruzaron, y aquella noche hizo olvidar tantos y tan largos padecimientos como habían experimentado.

Buenos Aires está situada sobre la ribera occidental del Río de la Plata, y fue fundada en 1580 por Juan de Garay, teniente general de las tropas españolas, llamada al principio de la Santísima Trinidad, pero prevaleció después el nombre de Buenos Aires, a causa de su buena posición, y del buen aire de que se goza. Antes de las primeras guerras de la revolución americana, esta ciudad era capital de un reino del mismo nombre en la cual residía el supremo tribunal, y un Virrey llamado del Paraguay, pero después de la revolución, el reino se subdividió en tantas pequeñas repúblicas como provincias hay, por lo que se llaman Provincias Unidas del Río de la Plata. El Paraguay y Montevideo no obstante, quedaron separados; Montevideo bajo el del Brasil y el Paraguay constituyéndose en República independiente que entonces estaba bajo la Presidencia del Dr. Francia. Es conocida la singularidad de este hombre, el cual no buscaba sino la pública felicidad, la buena administración y la economía del Estado, que ante todo solía aplicar a sí mismo. Cuéntase en efecto que una simple mujercita o más bien una vieja formaba todo su cortejo: vestía con decencia más sin lujo; la mesa no era provista sino de lo necesario al sustento: acostumbraba comer de pie con una

servilleta debajo del brazo y con mucha presteza. Amado de todos, era venerado como el padre de la Patria².

Pero volvamos a Buenos Aires a donde hemos dejado a nuestros viajeros. Esta ciudad está, como casi todas las de la América, formada en líneas rectas que se cortan en cuadrados, y forman otras tantas islas o manzanas; las casas son muy bajas pues no tienen sino el piso de tierra, y algunas pocas un piso superior, las más veces inhabitado. Las murallas son de greda cruda, pues no se hace uso de piedra. Esta greda es reducida a pasta mezclándola con paja picada, con la cual forman los pedazos que hacen secar al sol, usándose después de cal para blanquearlos³. Esto no quita que en América se fabriquen bellas y grandes habitaciones, en las cuales reina un lujo excesivo. Los pavimentos están cubiertos de esteras de paja finísima, y sobre ellas alfombras europeas preciosas, siendo europeos también los muebles que las adoman, lo cual cuesta a aquel pueblo gastos dispendiosísimos. Buenos Aires posee iglesias ricas; y los habitantes frecuentan mucho el paseo público, que se extiende a orillas del río. Nuestros viajeros dejaron esta ciudad el dieciséis de Enero, y tanto entusiasmo y tanto amor, se había despertado en el pueblo, que la multitud se agrupaba en torno de ellos, y con lágrimas de ternura besaban una y mil veces las manos de Monseñor Vicario. Era tanto el gentío, que fue necesario que el Gobierno pusiese guardia en la casa, y al mismo tiempo les pidiese que partieran, porque se temía una sublevación popular. Si alguien hubiese podido decir a aquellas buenas gentes que entre esa misión apostólica se hallaba el que un día había de excitar tanto amor y tanto entusiasmo en toda la cristiandad, sentándose en el Vaticano, para hacer las veces de Jesucristo en la tierra, ¿que cosas no habría hecho con el pensamiento de tan gran prodigio? No eran sin duda por él aquellas fiestas y aquellas glorias, las cuales le estaban reservadas para otro tiempo, y que también ha merecido ahora del mundo. Entre las personas que visitaron a Monseñor es muy digno de recordarse el célebre San Martín que había reconquistado del dominio de la España todas aquellas provincias, Chile y gran parte del Perú.

Pero estas demostraciones de pública veneración excitaron la desconfianza del Gobierno, el cual mirando a aquella misión como si hubiese venido a turbar la tranquilidad del pueblo, prohibió que Monseñor administrase la Confirmación en el día designado, importunando sin cesar a nuestros misioneros; y el Argos, gaceta principal de Buenos Aires se unió al Gobierno

² Así los errores de ideas de los que escriben, los conducen a deducciones y aseveraciones tan contrarias a la verdad. El autor parece encantado de la simplicidad doméstica del Dr. Francia, que le sabe a las virtudes ascéticas. El Paraguay ha sido reducido a la barbarie y a la mendicidad por la falta de amor al lujo de su innoble tirano. —(*El Traductor*)

³ El lector americano se asombrará de la sorpresa que causa a los viajeros italianos el material de nuestros edificios; pero mayor será su asombro, cuando sepa que pueblo alguno de la tierra, ni los árabes de África, ni los habitantes de los bosques de Norteamérica, conocen el *adobe*, trabajando siempre sus edificios de madera, piedra o ladrillo. El *adobe* es invención digna de la pereza española. Los adobes en lo físico se parecen en lo moral a las tales virtudes del Dr. Francia, de que con tanto encomio habla el autor — barro amasado con paja. — (*El Traductor.*)

para hablar injustamente de esta misión⁴. Así fueron forzados a partir de aquella ciudad.

CAPÍTULO IV

Viaje de Buenos Aires hasta San Luis de la Punta.

Partieron, pues, de aquella ciudad, en carrozas tiradas por cuatro caballos, sobre cada uno de los cuales, como es la costumbre en América, va siempre un cochero, y precedidos o seguidos según el caso, de una escolta a caballo en grande uniforme. Cuando el camino estaba muy malo, o había mayor riesgo de ser sorprendidos por los salvajes, se ponían seis caballos a cada una de las tres carrozas, y otros tantos hombres, cuyo peso no debía ser muy grande pues se alimentaban de sólo carne asada sobre las llamas a la manera de los salvajes, devorándola sin pan, usándose este muy poco en la ciudad, y ninguno en la campaña. Tenían estos cocheros un aspecto verdaderamente salvaje, con sus cabellos largos y cerdosos, y cubiertos de pelo en las manos, y en el pecho⁵. Llevaban unas botas formadas de la piel de las patas de adelante de los bueyes, que sacan entera, e introducen la pierna por la parte del pelo, de manera que aquella piel parece la suya propia. Calzones largos informes y abiertos abajo; una faja colorada desde la cintura hasta las rodillas (el chiripá.) Un grueso manto sobre las espaldas y ceñido a la cintura con un cinto de cuero del cual pende un largo cuchillo; un sombrero de paja, o de lana ordinaria, con ala gacha o sin ella, y la copa en punta. Son después de todo de índole alegre y pacífica. Con semejante compañía recorrieron nuestros viajeros el camino de la posta de Santa Fe a Córdoba, dejando el camino más directo por no encontrarse con los indios salvajes, que suelen salir al encuentro de los viajeros para asesinarlos y robarlos. El mismo camino de la posta no es del todo seguro, por lo que tuvieron que hacer la travesía tan de prisa, que ya un caballo, ya otro caía muerto en tierra, sin pena alguna de los cocheros que por el contrario se reían grandemente; y pagando dos escudos romanos (2 pesos) ponían en el acto otro de refresco. La primera noche llegaron a Morón, que es una población de cerca de ocho mil almas, perteneciente a Buenos Aires. El mayor producto que a lo largo de este camino vieron, fueron bosques de duraznos y campos enteros de hinojo,

⁴ Es preciso decir en justificación de los gobiernos de aquella época, que siendo un Nuncio apostólico, un enviado diplomático de primera clase, y no presentando Monseñor Muzi, sus credenciales al Gobierno de Buenos Aires, por no reconocer su legitimidad, a fin de no indisponerse la Corte de Roma con la de España, el Gobierno de Buenos Aires, estaba autorizado, políticamente hablando, a prohibir todo ejercicio público de sus funciones, al enviado que previamente no lo reconocía como gobierno independiente, y debidamente establecido.

⁵ Los pastores de la vecindad de Roma llevan igualmente el pelo y la barba larga; sombrero negro de punta, con plumas de águila, y vestidos de cuero de carnero con la lana para afuera. Estas figuras siniestras, dan una idea *dei banditti*, y quizá suministraron a los antiguos el padrón de los sátiros. El agro romano, por su desnudez, y falta de cultivo es igual a la Pampa de Buenos Aires.

extrayéndose del primero aguardiente, y sirviéndose del último para dulcificarlo. Pasaron de allí a Lugares, o sea Santos Lugares y en esta campaña encontraron gran número de volátiles de toda especie, entre los cuales una ave que llaman tero-tero. Los rebaños de ganado son numerosísimos, principalmente de bueyes.

Nosotros no repetiremos menudamente todos los lugares y las postas por donde pasaron nuestros viajeros, o en donde se detuvieron, hallándose obligados a dormir en pobres cabañas con techos de paja y desprovistas de todo. Pasaron el Paraná, río caudaloso que desciende de las cordilleras del Perú y de las montañas septentrionales del Paraguay, y que reuniéndose con el Uruguay forma el Río de la Plata. A la parte del Norte en la orilla de este río, pasaron por San Nicolás, último territorio de la provincia de Buenos Aires, principiando aquí el territorio de Santa Fe, cuya primera villa es el Rosario. A lo largo de aquel camino los jóvenes chilenos se dieron a la caza, en la cual mataron una vizcacha. Es este animal parecido a un perro mastín, con pelo gris, sutil y blando como el de un lobo. Su hocico feísimo y partido como el del tigre: el ojo blanquecino, y los dientes agudos, dos de los cuales muy largos salen afuera por arriba y otros dos menos largos por abajo. Entre uno y otro ojo tiene una pequeña faja de pelo negro que en seguida desciende a rodearle la barba. Comieron de aquella carne y la encontraron tierna, blanquísima y muy agradable.

El Rosario situado sobre la orilla del Río de la Plata, tiene una población de setecientos habitantes, y hay allí una iglesia cuyo altar mayor es todo de plata. Pasando por los Desmochados que es una de las postas de aquel camino, supieron que allí diez días antes, trescientos salvajes a caballo, guiados por el jefe que llaman cacique, todos armados de largas picas, asaltaron al maestre de la posta misma, el cual defendiéndose desde una torrezuela les mató uno, e hirió a otro, con lo cual abandonaron el lugar. Tres días después de haber por felicidad pasado nuestros viajeros, volvieron al mismo lugar con más ferocidad aquellos salvajes, encontraron una tropa de veintidós muleteros con cien mulas cargadas, se apoderaron de estas, y mataron a los veintidós, excepto uno que se salvó entre los heridos. Usan estos salvajes una lanza, que apoyan en la silla, por medio de una faja, y no hacen más que agitarla y dirigirla a uno y otro lado. Si llegan a aferrar un hombre lo levantan en el aire con la mayor facilidad, y cuando corren al asalto van gritando horriblemente, y golpeándose la boca con las manos al mismo tiempo, con lo cual esparcen el mayor terror. Este lugar es uno de los más frecuentados por aquellos salvajes, y toma su nombre de *desmochar* verbo español que significa mutilar por haber los indios una vez cortado pies y manos a algunos hombres de la posta que dejaron así abandonados en tierra. Los volátiles que con más frecuencia vieron en estos parajes son las lechuzas, muy abundantes en toda la América.

Cuando hubieron llegado a la Esquina de la Guardia, se les pidió la Confirmación que administraron a muchos; pero la noche la pasaron muy mal, y MASTAI hubo de pasarla en vela enteramente. Creyendo importante recordar la especialidad de los animales que vieron en este viaje, hablaremos de un tatú, o sea *dasytus* de Plinio, que los americanos llaman mulita, y que es el cachicamo, o tatú de nueve fajas de Buffon. Es esta una pequeña bestiecilla, que parece una mula aparejada, pero con el hocico más parecido al del

puerquecillo de India que al de un mulo, y es del tamaño de nuestros perrillos falderos.

Siguiendo este camino entraban en lugares en los cuales crecía el peligro de salvajes, y donde no podían dormir sino en pobres chozas sobre la tierra desnuda; otras veces atravesaban lugares amenos y bosques compuestos de árboles espesos y muy altos, y que daban agradable sombra muy oportuna para ponerse a cubierto de los rayos abrasadores del sol. Al llegar al arroyo o sea torrente de San José, para refrescarse del fuerte calor, y librarse del polvo, MASTAI, el señor Vicario y Sallusti, se dieron un buen baño, mientras que los otros se ocupaban de cazar, o de pasearse, esperando la cena. Así llegaron hasta el Portezuelo, donde concluye la jurisdicción de Córdoba y comienza la de San Luis.

La provincia de Córdoba con un suelo feracísimo tiene cerca de ochenta leguas de largo y otras tantas de ancho. La ciudad capital de la provincia fabricada como Buenos Aires con calles rectas que se cruzan en cuadrados, cuenta cerca de trece mil habitantes, y está situada al pié de una montaña en terreno irregular, mas goza de buen clima. Sus casas construidas de greda y fango son muy sólidas y bien adornadas. Su universidad fue muy floreciente en un tiempo, hasta que se hizo moda mandar los jóvenes a estudiar a la de Buenos Aires.

Siguiendo el viaje pasaron por el río Quinto donde encontraron esta particularidad que el terreno estaba todo cubierto de huesos despojados, cabezas y cuernos de buey, con los cuales son construidas las pocas y miserables cabañas que sirven de habitaciones. Finalmente después de tantos sufrimientos llegaron a la Provincia de San Luis de la Punta.

CAPÍTULO V

Desde San Luis de la Punta a Santiago de Chile.

San Luis es la ciudad capital de la provincia del mismo nombre, la cual, edificada en 1597 por don Martin Loyola, sobrino de San Ignacio de Loyola, la dedicó a San Luis Rey de Francia. Tiene cerca de una legua de largo, media de ancho, pero no muy poblada, y por su bella posición en lo alto de una colina es llamada de la Punta. Su principal producto es la cochinilla, la cual es un gusanillo que se forma dentro de una tela de araña en una planta del género del higo de Indias, cuyas hojas están cubiertas de largas y agudísimas espinas.

Con la punta de un cuchillo se recoge aquella tela, y muertos los animalillos se reducen a pasta, de la que se hacen panecillos que se secan al sol o al fuego, y así van al comercio. Por otra parte es una especie de nuestras carcomas que contiene un humor rojo que es la verdadera cochinilla, por lo cual no se recoge en otros lugares, sino en aquellos, y se diseca haciéndolo morir en el vino. Las montañas de esta provincia son además riquísimas en oro y plata. Era gobernador entonces don José Santos Ortiz, el cual había

ocupado uno de los primeros puestos en la revolución de la Independencia de América. Muy honrados y festejados en San Luis nuestros viajeros, partieron de aquella ciudad en la mañana del diez de Febrero, después de haber hecho una colación de papagayos pequeños, que encontraron en extremo tiernos y gustosos. La primera noche que pasaron en la laguna del Coroal, lugar casi desierto, MASTAI, debía dormir cerca del secretario en una pobre choza de simple paja, sobre la tierra desnuda; y como si no bastasen estas mortificaciones tuvo la compañía de animales desagradables que vinieron a fastidiarlo. Del techo cayó un gran número de chinches, que son una especie de arañas gruesas que se llenan de sangre humana, como las sanguijuelas, y que donde quiera que pican alzan un ronchón, con gran comezón que dura por muchos días; y de tan bellos animales encontraron por la mañana llenos los vestidos y el lecho.

Además, habiendo llovido por la noche, muchos sapos entraron en aquella cabaña, uno de los cuales fue a posarse exactamente sobre la cabeza de MASTAI, el cual prefirió mejor en la noche siguiente dormir a cielo raso, sobre un estrado de cañas; mas habiendo de nuevo repetido la lluvia tuvo que guarecerse dentro de la cabaña misma. Cuatro leguas distante de San Luis hacia el norte vieron (¡que ojos!) la montaña de Famatina, la cual es tan abundante de plata que a veces da pedazos de veinte libras y aun más de pura plata.

Estando parados en la posta de Chorrillo tomaron un mataco, pequeño animal semejante en cierto modo a la ya descrita mulita americana, que llaman apar, y es el tatú de tres fajas descrito por Buffon. Tiene una pequeña cola, y está todo cubierto de una concha en figura redonda, dentro de la cual se encierra, y forma un solo globo durísimo de hueso que parece un solo pedazo, y así se defiende de los perros y de otros animales. Tiene cuatro patas y la cola igualmente de hueso durísimo, en medio del cuerpo algunas juntas que forman tres fajas movibles y transversales, y si agarra entre aquellas conchas el dedo de quien vaya a tomarlo, no hay fuerza que las haga abrir. Son abundantísimos en estas campañas los maticos, cuya carne es muy buena, asada en la concha misma. Leones y tigres hacen muy peligroso el camino hasta Mendoza, los cuales aunque de formas pequeñas son fierísimos de condición. A cinco leguas del Chorrillo se descubre a la parte del sur un gran lago que llaman el Bebedero, en el cual descargan tres ríos a saber, el Desaguadero, el de Mendoza, y otro que desciende de las montañas occidentales de Córdoba, y parece que este lago tuviera comunicación subterránea con el mar.

Entre los desagrados y los placeres que se alternaban en aquel camino, y después de haber visto el grandioso espectáculo de la Cordillera, con la cima enteramente cubierta de nieve, y cuya altura es del doble mayor de la más alta montaña del viejo mundo, se aproximaban ahora a Mendoza, la cual desde los suburbios presentaba el aspecto de una magnífica ciudad. Flotaban al aire desde las ventanas de las casas pequeñas banderas blancas; arcos y guirnaldas de flores, y gritos de júbilo festejaban la llegada de nuestros viajeros, esparciéndose flores también sobre su pasaje. Al fin de la calle cuatro jóvenes bien parecidas y vestidas igualmente de blanco con un pañuelo rojo al cuello, descendiéndoles hasta el pecho, y una faja de seda en la cintura, conducían de una parte a otra de la calle un arco ricamente adornado con flores y cintas, bajo el cual y en medio de las más vivas aclamaciones pasaron

rápidamente como en triunfo las carrozas de MASTAI y los otros, y de este modo entraron en la ciudad.

Esta antigua ciudad toma su nombre del conquistador de la provincia don Pedro de Mendoza; contenía entonces veinte mil almas, y su terreno tenía nombre por toda América, como el mejor para el cultivo. En la población predomina un color que tira más a tostado que a blanco. No es posible decir las fiestas que se dieron a nuestros viajeros; fueron a visitarlos en el momento de su llegada, los jefes de la ciudad tanto eclesiásticos como civiles, y todas las tropas formadas se reunieron en el patio.

En seguida una solemne procesión los acompañó a la iglesia, pasando por en medio de una muchedumbre inmensa de pueblo, cubierto el terreno de flores, y precedidos de doble fila de jovencillas con cestos igualmente llenos de flores. Llegados a la plaza en frente de la Iglesia había formado con arcos de flores entretejidas con cintas, como un bellissimo templo bajo del cual pasaron. Vueltos procesionalmente a casa, fue el Vicario apostólico, y con él MASTAI y el Secretario a cumplimentar al gobernador, que inmediatamente les volvió la visita.

Tomaron el camino para pasar la cordillera, costeano siempre el Paramillo, una larga montaña que da plata pura y en gran copia; y donde todos tenían facultad de excavar dando solamente al Gobierno de Mendoza la quinta parte de la ganancia. En este camino y sobre las faldas del Paramillo encontraron también ciertos animales llamados guanacos y también camellos americanos, por parecerse en algo a los camellos orientales. Es este animal de figura esbelta, tiene patas largas y delgadas con uña hendida como la del buey; la cola corta, el cuello largo graciosamente arqueado, el hocico negro, vivaces los ojos, el pelo de un color rojizo, suave, y sirve para sombreros finísimos y para cubiertas que se trabajan en el Perú. Al ver a los pasajeros, no huyen sino que curiosos y quietos se paran a mirarlos. Siguiendo el camino del Paramillo de las Cuevas, y dejando a un lado el río de Mendoza, subieron una de las más altas montañas de la Cordillera, llamada vulgarmente la Iglesia, por una especie de templo formado de muchos escollos reunidos. Este pasaje de uno a otro lado de la Cordillera es peligroso e incómodo por la temperatura del aire demasiado elástica en aquella grande altura, y por el viento que silba horrendamente. MASTAI sobrecojido de convulsiones y de dolores agudos hubo de quedar allí permaneciendo por muchos días perturbada su máquina. En aquella cumbre de la Iglesia termina la provincia de Mendoza y comienza el territorio chileno. El descenso hacia el lado de Chile es tan rápido, que suele hacerse a pie por evitar peligros. Las Cordilleras están tan llenas de mámoles, de piedras preciosas, de minerales y de productos volcánicos que no es de creerse, mientras que su aspecto es árido, y desnudo de vegetación, la cual empieza a verse de aquella parte en la vecindad de la Guardia Vieja, llamada así por un presidio de soldados que tenía en otro tiempo el Gobierno de Chile allí. Ahora no era más que una pobre cabaña casi en ruina, húmeda y fría, pero en la cual hubieron de detenerse, lo que ocurrió el último de Febrero, para dar tiempo a que se recobrase MASTAI, todavía gravemente enfermo, dumiendo allí aquella noche, y la mañana siguiente llegaron a la Guardia Nueva, casi sofocados por el polvo, el sol y extenuados por tantos padecimientos y peligros experimentados en este pasaje de la Cordillera. Muy distinta cosa se presentaba desde allí a sus ojos en las amenísimas campiñas de Chile que son comparadas en delicias a las de nuestra Italia, y que

contrastaban con las fragosidades del pasado camino. La primera ciudad que de aquel país vieron fue Santa Rosa, de Santa Rosa de Lima su protectora, formada cosa de treinta años antes, y que ya contaba mil quinientos habitantes. Dejada la villa de Santa Rosa, y pasada una pequeña ramificación de las cordilleras, entraron en el gran valle llamado Chacabuco, donde en 1817 el General San Martín, viniendo de improviso de Mendoza sorprendió y derrotó el ejército realista español, cuya victoria con la de Maipú ganada por el mismo General decidió de la libertad de Chile y de toda la América Meridional.

Al fin de este gran valle en una casa de campo de los antiguos jesuitas se detuvieron a hacer colación. Aquellos padres tenían allí una posesión de tres mil cuerdas de cuatro mil noventa y seis toesas cada una, bien que mayores riquezas tuviesen en el Paraguay, de donde eran como señores. Llegados a Colina, que es una pequeña población campestre, nuestros viajeros se detuvieron allí tres días para llegar bien reposados a Santiago, ya no distante, no habiendo de allí más de seis leguas de un camino llano y cómodo. Desde aquí Monseñor vicario y Cienfuegos continuaron en carruaje, y MASTAI con los otros montaron a caballo, y galopando sin pararse, llegaron cerca de Santiago, a un convento de los padres dominicos recoletos, acompañados por muchos señores que habían venido a encontrarlos, donde pasaron la noche, para entrar de día a la ciudad, como lo había dispuesto el Gobierno del país.

CAPÍTULO VI

Entrada a Santiago. Descripción de esta ciudad. Topografía de Chile.

Si en otras ciudades hemos visto en medio de que demostraciones de júbilo habían entrado nuevos viajeros, es de imaginarse cuales serían las que los aguardaban en Santiago, fin de un camino tan largo. Por esto es inútil repetir como todas las autoridades y el pueblo vinieron a su encuentro a mucha distancia de la ciudad, como fueron procesionalmente conducidos a la catedral, después de haber sido solemnemente recibidos en la gran sala de palacio del Gobierno, donde fue leído el breve de León XII, dirigido al jefe supremo de Chile. Dióse después un banquete diplomático al cual asistieron cerca de cien convidados, y sobre cuya mesa se veían a un tiempo servidos más de doscientos manjares. Los platos, las copas, y toda la vajilla de la mesa, fabricada en Londres, llevaban escrito encima en letras de oro el nombre de los lugares en que los chilenos habían triunfado de los españoles, a fin de que tuviesen siempre presentes estas victorias suyas, y las glorias de su patria. Pero importa que ahora procedamos a describir la ciudad de Santiago.

En una vasta llanura sobre la margen izquierda del Mapocho fue edificada Santiago en 1541, por el caballero Pedro de Valdivia, general de las tropas españolas, habiendo sido erigida después en capital de todo el estado. Ocupando cosa de una legua, contaba entonces una población de cerca de ochenta mil habitantes: sus calles en línea recta, forman otras tantas manzanas cuadradas de cerca de cuatro mil noventa y seis toesas cada una. Su clima es

dulce y salubre, el país abunda de todo, y sus habitantes son de buena raza, vivaces y bien criados, y entre ellos manifiestan buena fe, lealtad y buen corazón. Afables en el trato, de bellos modales, y animados en el hablar. Viste el pueblo chileno un sombrero de paja, anchos calzones sin forma, y un manto que es una especie de cobertera que tiene una abertura en medio, por la cual introducen la cabeza, y que algunas veces suelen llevar de seda o de lana finísima que hacen venir de Europa. Para evitar los robos nocturnos existía en Santiago el siguiente uso: en cada manzana cuadrada, pues que las calles, cruzándose entre sí en línea recta, forman islas cuadradas, tenía el Gobierno un hombre llamado sereno, el cual se paseaba toda la noche en rededor de la manzana que le estaba asignada, anunciando la hora en voz alta, el tiempo bueno o malo, sereno o nublado, y con agudos silbidos, por medio de un pito indicando el próximo temblor, pues que en Santiago son estos frecuentes, y entonces cada cual salía de su casa, y se ponía en salvo sobre las plazas publicas. Pero este uso de los serenitos fue no ha mucho quitado, por ser dispendioso para el Gobierno, y por lo fastidioso que era para los habitantes aquel continuo gritar de tantas centinelas en medio del sueño. Ahora diremos algunas palabras sobre el estado general de Chile.

Llámase Chile aquella parte de la América que tiene por límites el Perú al norte; al poniente y medio día el mar Pacífico, costeándola hasta el Cabo de Hornos, y al naciente, los Patagones de las Pampas, Cuyo y el Tucumán. Su extensión es de dos mil doscientas millas italianas, comprendidas entre los grados 24° y 56° de latitud meridional. También está defendido, ora por el mar, ora por las cordilleras, como por los Alpes nuestra Italia; pero del poder español se salvó mejor con el propio valor que con aquellas defensas naturales. Porque ha de saberse que esta provincia estaba sujeta a la corona de España; mas haciéndose intolerable la prepotencia de los gobernantes que mandaba la misma corona, los Chilenos se pusieron entre sí de acuerdo, y acudiendo a las armas se sustrajeron a aquél durísimo yugo; y arrojando a los extranjeros, se declararon independientes, lo cual tuvo lugar por la primera vez en 1810. Mas los españoles enviaron desde Lima al General Osorio, el cual sometió de nuevo el país. Después de un año substituyó a Osorio el General Marcó, el cual redobló la opresión de aquellos infelices.

Habiendo resistido dos años, apenas llegó, mandó a construir en Santiago un fuerte sobre una colina de roca viva que domina del todo la ciudad, y la pone propiamente el yugo sobre la garganta. Ya puede imaginarse, cuan de mala gana toleraría aquello este pueblo. Creció el descontento sobre manera, los naturales se contristaban cada día más; mumurando contra estas medidas, hasta que finalmente, volvieron de nuevo a la guerra abierta, resueltos a libertarse de los españoles para siempre, hasta que lo consiguieron. Las dos batallas de que hemos hablado arriba, dadas y ganadas por el General San Martín, establecieron la independencia de la América meridional que adoptó desde entonces el gobierno republicano.

Capítulo VII

Permanencia en Santiago. Partida. Residencia en Montevideo. Vuelta a Roma.

No proponiéndonos detallar la historia de las misiones apostólicas en el estado de Chile, sino solamente el viaje que en aquellas lejanas regiones hizo como compañero de Monseñor Munzi, nuestro adorado Sumo PONTÍFICE, nos limitaremos a decir que permanecieron en Santiago desde el siete de Marzo hasta el diecinueve de Octubre de 1824. De Santiago partieron en la mañana, habiendo desde muchos días, reunido en torno de la casa gran muchedumbre de pueblo, que no podía conformarse con la idea de verlos partir. MASTAI con el Vicario iban en un mismo carruaje, dirigiéndose a Valparaíso que está a treinta leguas de distancia de Santiago. Antes de llegar a Valparaíso pasaron por el Alto del Puerto, que es un rápido descenso que hace necesario poner caballos atrás y a la derecha del carruaje, los cuales se esfuerzan no en tirar, sino en sostener el carruaje mismo a fin de que no se precipite. Valparaíso está entre una pequeña playa del Océano Pacífico y una montaña rapidísima. Cuentan que los españoles gustando del país exclamaron "Va al paraíso", lo que dio nombre a este puerto, porque conducía a las amenas campiñas de Chile que miraban como el paraíso terrestre de la América. La ciudad de Valparaíso contaba entonces como veinte mil habitantes entre ingleses, franceses, italianos y alemanes, y es llamada también del Nacimiento. Gran parte de sus edificios cayeron en el terremoto de 1822, en el cual perecieron cerca de trescientas personas. Su puerto es grandísimo, puede dar fondo a cualquiera embarcación, aun en las inmediaciones de lo abitado, y es el más comerciante de todo Chile.

Habiéndose detenido pocos días en esta ciudad partieron de ella el treinta de Octubre, haciéndose a la vela para Montevideo. En esta navegación encontraron muchas ballenas, a las cuales tiraban por pasatiempo con pistolas cargadas a bala, divirtiéndose en ver caer en el mar el plomo sin ofenderlas en manera ninguna. También vieron los bellísimos delfines (toninas) del Océano Pacífico, que son enteramente diferentes de los del grande Océano. Pasaron con toda felicidad el Cabo de Hornos, que está entre aquellos dos mares, y es un lugar tan peligroso por las impetuosas corrientes y por las fieras tempestades que allí se levantan, que los marineros lo apellidan sepultura de buques. Aquí se divirtieron también en la caza de pelícanos (albatros) que por el lugar donde se encuentran son llamados Carneros del Cabo, majestuosas aves que se presentan sobre la superficie de las aguas con aspecto imponente. Tienen alas larguísimas, las cuales se pliegan en tres distintas coyunturas, pico corvo y muy cortante, y el modo de tomarlos fácilmente es sirviéndose de anzuelo. Encontrándose nuestros viajeros a la altura de 57° 58° de latitud meridional en la estación del estío, veían casi continua la luz del sol, pues aun las mismas dos horas que de noche había, no se oscurecía enteramente. Habiendo pues pasado felizmente, como se ha dicho el Cabo de Hornos, cuando hubieron llegado al Cabo de San Antonio se enfurecieron de tal manera los vientos, y la nave se vio tan trabajada que el mismo Monseñor Vicario y

MASTAI hubieron de ayudar a la maniobra, aferrar velas, y fatigarse por librarse de un naufragio. Por fin llegaron en salvamento al puerto de Montevideo, cuya ciudad es capital de la provincia Cisplatina, fundada sobre el Río de la Plata en Marzo de 1725 por algunos aventureros de Buenos Aires, y de las Islas Canarias. Estando en Montevideo fueron nuestros viajeros invitados a un banquete el día de San Juan Apóstol, en una quinta cerca de la ciudad, y es de notarse que entre tantas personas ilustres sacerdotes y religiosos, a más del Vicario apostólico, se sentaron a la mesa, cantores, bailarines y otras gentes de teatro, no faltando para completarla lista un bufo napolitano.

Después de dos meses y medio de permanencia en Montevideo, acompañados por el dero, y muchos vecinos se embarcaron para Génova el 18 de Febrero de 1825 y llegaron a Gibraltar sin haber sufrido borrasca alguna. La mañana del sábado santo pasaron la línea, y en estos días tuvo el canónigo MASTAI que sufrir, quizá a causa del excesivo calor, tal enfermedad, que dio mucho que temer por su vida. Pero Dios que para grandes cosas lo tenía reservado, se dignó salvarlo, y después de algunos días, con aquellos pocos medicamentos que pueden obtenerse en un buque, en medio del gran Océano, sanó completamente, y pudo bien pronto volver a ver tierra, que fue el Cabo de San Vicente, la punta más occidental de Europa en los Algarbes de Portugal. Vieron en seguida el Cabo de Trafalgar famoso por la batalla de Nelson, donde perdió la vida, muerto por las amas españolas. La mañana del seis de Mayo arribaron felizmente al puerto de Gibraltar, del cual hemos hablado lo suficiente al principio de nuestra narración. Aquí permanecieron diecinueve días, después de los cuales, escoltados por una corbeta sarda de veinticuatro cañones, por temor de los corsarios que en aquellos días infestaban el Mediterráneo, bogaron felizmente hasta el Golfo de León, donde experimentaron una noche, de mar en extremo borrascosa. Arrebatados por un furioso viento corrieron con grande felicidad, y merced a esta circunstancia se hallaron bien pronto en la deseada Italia, en el puerto de Génova, en la noche misma, en que con motivo de hallarse allí el Emperador de Alemania y otros príncipes, se hacía una grande y bella iluminación por toda la ciudad. Después de catorce días de cuarentena pudieron bajar a tierra, y habiendo hecho una pequeña excursión a Savona, para visitar el famoso santuario de nuestra Señora, coronada por el Sumo Pontífice Pió VII, partieron de Génova el primero de Julio para trasladarse a Roma. Pasando por Chiavarí, Porto Venere, la Spezia, Lucca, Pisa y Siena, que por las razones al principio expuestas no trataremos de describir, el siete del mismo mes entraron en Roma, que volvían a ver con transportes de júbilo, después de tantas vicisitudes y de tantos peligros corridos, en un viaje tan largo y venturoso, y cuya narración damos con esto terminada.

Vuelto a Roma el Canónigo MASTAI fue poco tiempo después nombrado por el Sumo Pontífice León XII, Obispo de Spoleti. No es dado decir con cuánta sabiduría y prudencia se condujo en aquella ciudad, aun en los tiempos más difíciles: su conducta le mereció el obispado de Imola, y en seguida el cappello cardenalicio el catorce de Diciembre de 1840. Habiendo entrado en conclave el catorce de Junio, el dieciséis del mismo mes fue electo Pontífice máximo, y se llamó Pió, nono de este nombre. Al nombre han correspondido mejor los hechos, y en un mes apenas de reino mostró al mundo si era verdaderamente, pío y clementísimo. No es aquí el lugar de repetir

cuanto ha hecho en favor de sus súbditos, y cuanta gratitud le han manifestado ellos mismos: pero como es cierto que de este adorado PONTÍFICE, no escasearán en adelante los beneficios a sus súbditos, es cierto también que en ellos será eterna la gratitud, dando gracias a Dios que librándolo de tantos peligros en el viaje descrito, lo hubiese reservado para grado tan alto, de lo cual sólo puede felicitarse su propia nación.

APÉNDICE

Después de la breve narración que precede, creo oportuno añadir algunos detalles sobre la exaltación del Cardenal Obispo de Spoletti al solio pontificio, y sobre los primeros actos de su gobierno. Gregorio XVI, el antecesor de Pío IX, acababa de fallecer, y el conclave de cardenales se reunía para la elección de un nuevo Papa, bajo la influencia de todo género de alamas e incertidumbres. Del acierto de la elección dependían la tranquilidad de Roma, las vidas de centenares, y acaso la existencia misma del papado, en cuanto gobierno político. La efervescencia de los espíritus había llegado a su apogeo durante los últimos años del reinado de Gregorio XVI; la revolución de la Romagna acaba de ser sofocada; las prisiones de estado rebosaban con presos por causas políticas, y la sangre había corrido en los cadalsos, y aun en matanzas desordenadas. La muerte del anciano Gregorio XVI, ponía en nuevo conflicto al gobierno papal, y a tal punto habían llegado las cosas, que o debía armarse de todos los rigores de los gobiernos terroristas, llenar de patíbulos todo el estado Pontificio, enlutar familias enteras y recordar a los romanos los tiempos de Nerón o de Cómodo, o bien cambiar súbitamente de política, hacer concesiones a la opinión pública, y otorgar a sus súbditos los derechos que hoy día pertenecen a todos los pueblos civilizados. Porque es preciso decirlo, el gobierno pontificio no había experimentado ninguna de aquellas saludables reformas, que a costa de tantos trastornos, han obtenido los pueblos modernos en estos últimos tiempos. Existe en Roma un patriciado rico e ilustrado que goza de un gran prestigio entre el pueblo, y la clase media, con el cultivo de las bellas artes que tanto eleva el espíritu, con las tradiciones históricas que tan poderosa influencia ejercen sobre las naciones, posee aquel sentimiento de la propia dignidad, que hace al hombre sobrellevar con impaciencia la arbitrariedad de los gobiernos. A esta circunstancia se añadía en el pontificado la singularidad de ser sacerdotes los empleados públicos, los jueces, gobernadores de provincia, y algunas veces hasta los generales de los ejércitos, gravitando además sobre los laicos el peso de abusos inveterados, el monopolio del pan y de la carne, la venalidad de algunos empleos, la arbitrariedad de los tribunales de justicia, las comisiones permanentes para las causas políticas, y las persecuciones por opiniones, por parentesco, amistad o simpatías, mezclándose la religión y la política, para castigar con actos reconocidamente malos, ideas, juicios y acciones reconocidamente buenos. "En esos tribunales, dice un escritor contemporáneo, verdaderos cortacabezas, los mismos hombres son a la vez acusadores y jueces: no hay libertad en la defensa; ni aun en la elección del defensor, que el mismo tribunal impone, eligiéndolo de entre sus paniaguados. Procesos oscuros, ocultos,

redactados en el sentido de la acusación, e indefinida y arbitraria la clasificación de la culpa, por lo cual se castigan como delitos de lesa majestad, las opiniones, los pensamientos, y aun las afecciones del corazón".

Nada de exagerado pedían los revolucionarios de la Romagnola, sino la simple reforma de los abusos, que más gravitaban sobre el pueblo romano. "Pedimos que conceda el gobierno, decía Pietro Renzi, en su manifiesto, "plena y general amnistía a todos los reos políticos desde el año 1821 hasta el presente (1845).

"Que de códigos civiles y criminales, modelados sobre los de los demás pueblos civilizados, y que consagre la publicidad de los debates, la institución del jurado, la abolición de las confiscaciones y la pena de muerte por delitos políticos."

"Que el Tribunal del Santo Oficio (la inquisición existe en Roma) no tenga jurisdicción sobre los laicos."

"Que las causas políticas sean seguidas y sentenciadas por los tribunales y según las leyes ordinarias."

"Que los empleos y dignidades civiles y militares sean desempeñados por los seglares."

"Que la educación pública sea sustraída de la sujeción a los Obispos."

"Que la censura preventiva de la prensa sea limitada a prevenir las injurias contra la Divinidad, la Religión, el soberano, y la vida privada de los ciudadanos."

"Que las tropas extranjeras (los suizos) sean licenciadas."

"Que se instituya una guardia nacional."

"Que finalmente entre el gobierno en el camino de todas las mejoras sociales, que vienen apuntadas por el espíritu del siglo. &c. &c. &c."

A todos estos clamores tan moderados sin embargo, se había mostrado sordo el gobierno pontificio, persistiendo y obstinándose en agravarlos con actos de persecución del todo injustificables. Como en los tiempos antiguos el pueblo romano se retiraba al monte sacro, para protestar contra las injusticias de los patricios, en Faenza los ciudadanos se habían visto forzados a reunirse armados en la plaza pública, para pedir satisfacción y garantías contra los indignos ultrajes, que diariamente recibían en sus casas y personas, de una cuadrilla de campesinos estúpidos, que obraban o bajo la influencia del gobierno, o animados por su tolerancia; instrumentos brutales de una política aborrecida, de que no han faltado ejemplos en América.

En medio de todos estos desórdenes, las ideas del público eran sin embargo claras y fijas; la conciencia pública estaba perfectamente formada, y la desaprobación universal que la marcha del gobierno encontraba, había dividido el estado romano en dos sociedades distintas; una que gobernaba, apoyada en cinco mil soldados alemanes y suizos, que por lo general ignoraban el idioma italiano, y otra de nobles, de artistas, y de ciudadanos pacíficos; una en fin de verdugos, y otra de víctimas.

Como este estado violento era común a toda la Italia de muchos años atrás, los escritores italianos, Manzoni, Péllico, Renzi, Galletti, el Abate Gioberti, todos en fin cuantos se sentían dotados del don de la palabra, al mismo tiempo que atacaban las pequeñas y rastreras tiranías italianas, inculcaban en los ánimos la idea de la nacionalidad itálica, y la necesidad de reunirse bajo un gobierno central que dejando a los príncipes italianos la plenitud de su independencia, bajo formas moderadas y regulares de gobierno,

constituyese de toda la Italia, tan deprimida hoy en la balanza política de Europa, una nación respetable con una marina común, representándose los diversos soberanos por agentes en un congreso italiano. El Abate Gioberti, sobre todo, había inculcado esta idea en una voluminosa obra que tiene por título *Del primato civile e morale degli italiani*, en la cual, exagerándose la importancia de su nación en los destinos humanos, hasta dar el epíteto de *bárbaros*, a los franceses, ingleses y alemanes de hoy, inculca la idea de aquella sentida comunidad italiana, hallando en el papado mismo, un centro natural, forzoso y conveniente para el establecimiento de una representación italiana bajo la égida de la tiara, que no puede alamar las susceptibilidades de los príncipes cuya soberanía tiene hoy subdividida la nación. Todo esto, bien entendido en el supuesto de que la política del gobierno pontificio entrase en el espíritu e interés de los pueblos, y abandonase el sistema de opresión y de oscurantismo que la influencia austriaca le había impreso. Cito esta obra, publicada en París, en 1844, porque en ella se encuentran contenidas muchas, si no todas las ideas que actualmente agitan a la Italia, bastando para juzgar de la aceptación con que ha sido recibida, el saber que estuvo prohibida durante el anterior papado, y que en Venecia y Milán gemían aun en 1847 en los calabozos, aquellos a quienes la policía austriaca, había encontrado en posesión de algún ejemplar de ella.

En los momentos, pues, de la muerte de Gregorio XVI, millares de presos políticos rehenchían las cárceles y los castillos; las guardias se hacían con bala en boca; toda la Italia estaba llena de emigrados romanos; y el odio público excitado por los recientes sucesos de la insurrección sofocada de la Romagna, se había cambiado en aquella inquieta expectación que acompaña a las grandes crisis. El conclave de los cardenales se reunía bajo estos siniestros auspicios. ¿Iba a continuarse la política del Papa difunto? ¿Qué se hacía con los presos políticos? ¿Qué concesiones se hacían a la opinión pública, o qué nuevos rigores se habían de ensayar para dominarla, y aterrarla? He aquí las únicas cuestiones que había que ventilar para la elección de un sucesor de San Pedro, del representante de Jesucristo en la tierra.

Para la completa inteligencia de estos acontecimientos, es preciso recordar que los gobiernos civiles de Europa ejercen una grande influencia en la elección de los papas. En los tiempos de la grandeza y preponderancia española, durante los reinados de Carlos V, Felipe II, la España exaltaba al pontificado a sus protegidos y protectores; en seguida ejerció esta influencia la Francia, hasta que últimamente, después de la revolución francesa, y la decadencia española, quedó la Austria, exclusiva influencia política directora de las maniobras del escrutinio. El Austria había aconsejado, mandado, la elección de los papas precedentes. Su inspiración guiaba todos los actos del gobierno romano; y esta vez era de temer que prevaleciendo en el conclave la influencia austriaca, las cosas continuasen el mismo camino que los antecedentes les tenían trazados. Por fortuna la Providencia había preparado las cosas de otro modo. Mr. Rossi emigrado largo tiempo en Francia, actor en la revolución de 1830, profesor en la Universidad de París, vuelto a Roma, había sido nombrado enviado de Francia por Luis Felipe; y ya fuese sugestión de su gobierno comitente, para arrebatarse al Austria la importante dirección de los negocios del papado, ya fuese inspiración personal nacida de su propio convencimiento, el enviado de la Francia, italiano y romano de origen, perfectamente conocedor del personal del conclave cardenalicio, puso mano a la obra de sacar al papado

del mal camino en que una política peor aconsejada lo había echado, y salvar a sus compatriotas de los males que los amenazaban. Mr. Rossi conocía íntimamente al Cardenal MASTAI, poco influyente hasta entonces en los negocios públicos, y alejado naturalmente de un sistema que tanto debía repugnar a sus convicciones, y a la nobleza de su corazón. Sería empresa temeraria buscar los antecedentes que han motivado en Pío IX, aquel completo antagonismo de ideas que desde entonces lo separaban tan diametralmente de la mayoría de sus colegas. El joven conde de MASTAI había mostrado desde sus primeros pasos en la carrera eclesiástica, un espíritu conciliante, una inteligencia e instrucción aventajadas, y en prueba de ello, tan joven como era en 1823 (treinta y tres años) y tan humilde en la jerarquía sacerdotal, simple canónigo, había sido elegido consejero privado del primer nuncio apostólico que enviaba a América. Este viaje mismo, no ha debido contribuir en poco al libre desenvolvimiento de sus ideas. Nada perpetúa el atraso de las naciones tanto, como el aislamiento. Matan a la España y a la Italia su forma peninsular y los Pirineos y los Alpes. Las preocupaciones locales, parecen arrastrarse en un punto dado, cuando las montañas estrechan el horizonte, o la falta de contacto con otros pueblos, priva al espíritu de espectáculo de otras preocupaciones, que comparándose entre sí se destruyen recíprocamente. MASTAI había visitado Buenos Aires y Santiago de Chile, en los momentos en que los pueblos se entregaban a todas las ilusiones de un porvenir que juzgaban con envanecimiento, grandioso y fecundo en bienes. Acababan de derrocar un gobierno absoluto, y se preparaban a fundar uno nuevo, sobre las bases del derecho, la igualdad, y la justicia; y si bien el sacerdote, el enviado, tuvieron en la persona de MASTAI ocasión de no quedar satisfechos de la conducta de los gobiernos americanos, el individuo, el joven entusiasta por lo que es esencialmente bueno, el pensador ¿cuánto no debieron gozarse a la vista de estos pueblos nuevos, preludiando en la carrera política, llenos de esperanza y de fe en el porvenir? Vese en la narración de su viaje, como simpatiza, su intérprete, según lo que él mismo ha debido sentir, con los chilenos ¡que por su propio esfuerzo habían sacudido un yugo ominoso! A su vuelta a Italia, entre sus sueños de ambición, si alguna vez pasaron por su mente ¿no entraría la idea de conceder a los italianos sus compatriotas esa misma libertad, porque estaban allí también inútilmente luchando? ¿No era mejor y más fácil obrar así, que ensangrentar las plazas con ejecuciones diarias, rodearse para gobernar de esbirros aborrecidos, y hacer de la misión apostólica del papado, una sucursal de las torpezas de la Rusia? Así al menos lo indica al contemplar con la mente la catástrofe de Santa Helena.

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que Mr. Rossi conociendo los sentimientos e ideas del Cardenal MASTAI, lo propuso al conclave como candidato al papado, en oposición a Lambruschini, el indicado por el Austria, y que el cónclave, aterrado por la gravedad de las circunstancias, deseoso de lavarse las manos de los crímenes y persecuciones que la continuación de la política pasada traía aparejados, el cónclave, digo, sin echar mano esta vez de las demoras, intrigas, y supercherías que otras veces, el dieciséis de Junio de 1846, nombró en pocas horas y por una mayoría competente, soberano Pontífice al Cardenal MASTAI, el cual al recibirse adoptó el significativo nombre de *Pío*, que encerraba en sí el programa entero de su administración.

Y en efecto, apenas el cañón de Sant Angelo anunció a la inquieta Roma su exaltación, el júbilo estalló por todas partes, por aquella secreta

revelación que el pueblo tiene casi siempre de las cosas que le interesan. El primer acto de su pontificado fue al mismo tiempo el mayor acto de clemencia, la manifestación más noble de un alma comprimida por largo tiempo, y que se desahoga, acumulando bondad sobre bondad, alentando a los que dudan, haciéndose el escudo de los perseguidos. La acta del dieciséis de Julio de 1846 con que se inició el pontificado de Pío IX, es no sólo un monumento político, único en su género, por la amplitud y liberalidad del perdón, sino también un monumento literario, por la ternura de los sentimientos expresados, y por la especie de dilatación del corazón que se deja ver en cada uno de sus artículos, extendiendo las concesiones del primero, por las disposiciones del segundo, amplificadas éstas en el tercero, y así sucesivamente hasta el fin. El lector me agradecerá que consigne aquí este documento inmortal.

“Pío IX a sus fidelísimos súbditos, salud y bendición apostólica.”

“En los días en que se conmovía en lo profundo del corazón, el público gozo por nuestra exaltación al pontificado, no podíamos librarnos de un sentimiento de dolor al pensar que no pocas familias de nuestros súbditos, no podían participar de la común alegría, porque en la privación de los consuelos domésticos sufrían gran parte de la pena, en que alguno de los suyos había incurrido, turbando el orden de la sociedad, y ofendiendo los sagrados derechos del príncipe. Echamos igualmente una mirada de compasión hacia una gran parte de la juventud inexperta, la cual aunque lanzada por falaces ilusiones en medio de los tumultos políticos, nos parecía más bien seducida que seductora. Por cuya razón meditamos extender desde ahora la mano, y ofrecer la paz del corazón a aquellos hijos extraviados que quisiesen mostrarse sinceramente arrepentidos. La afección que nuestro buen pueblo nos ha mostrado, y las muestras de constante veneración que en nuestra persona ha recibido la Santa Sede, nos han persuadido a que podíamos perdonar sin peligro público.

Por tanto disponemos y ordenamos, que el principio de nuestro pontificado sea solemnizado con los siguientes actos de gracia soberana.

I. A todos nuestros súbditos que se hallen actualmente en lugar de castigo, por causa de delitos políticos, hacemos gracia del remanente de la pena, con tal que hagan por escrito solemne declaración, sobre el propio honor, de no desear en tiempo ni modo alguno abusar de esta gracia, y de querer llenar así fielmente todos los deberes de un buen súbdito.

II. Con la misma condición serán admitidos en nuestro estado, todos aquellos súbditos que por delitos políticos han salido de él, los cuales dentro del término de un año de la publicación de la resolución presente, por medio de los nuncios apostólicos, u otros representantes de la Santa Sede, hagan conocer en la manera conveniente, su deseo de aprovechar de este acto de nuestra clemencia.

III. Absolvemos igualmente a los que por haber participando en cualquiera maquinación contra el estado, se encuentren bajo prescripciones políticas, o bien declarados incapaces para ejercer oficios municipales.

IV. Es nuestro ánimo que sean interrumpidos y suprimidos los procesos criminales por delitos meramente políticos, no terminados aun por un juicio en forma, y que los reos sean puestos en libertad, a menos que alguno

de ellos pida la continuación del proceso, con la esperanza de poner de manifiesto la propia inocencia, y reivindicar sus derechos.

V. No queremos, sin embargo, que en las disposiciones de los precedentes artículos sean comprendidos los poquísimos edesiásticos, oficiales militares, o empleados del Gobierno que hayan sido condenados, o se hallen prófugos o procesados por delitos políticos; con respecto a los cuales nos reservamos tomar otras determinaciones, cuando nos lo aconseje el conocimiento de sus causas respectivas.

VI. Igualmente no queremos que en la gracia sean comprendidos los delitos comunes con que se hubiesen agravado los condenados, o prevenidos, o prófugos políticos; para los cuales queremos que tengan plena ejecución las leyes ordinarias.

Nosotros queremos creer que los que usaren de nuestra clemencia sabrán en todo tiempo respetar nuestros derechos, y su propio honor. Esperamos también que endulzados los ánimos con nuestro perdón, querrán deponer aquellos odios civiles, que son siempre o causa o efecto de las pasiones políticas; de manera que se restablezca verdaderamente aquel vínculo de paz, con el cual quiere Dios que estén siempre unidos los hijos de un mismo Padre. Mas si nuestra esperanza fuese de algún modo frustrada, aunque con acerbo dolor de nuestro ánimo, tendremos presente en todo caso, que si la clemencia es el más dulce atributo de la Soberanía, la justicia es también su primer deber.

Datum Romae apud Sanctam Mariam Majorem die XVI Julii, Anni
MDCCCXLVI. Pontificatus Nostri anno Primo. — *Pius P. P. IX.*"

A la publicación de este extraordinario y nunca esperado decreto, se siguió la apertura de las cárceles de Estado, y los castillos de Civitavechia quedaron en una hora desiertos de los centenares de tristes huéspedes que por largos años habían habitado sus oscuros calabozos. Roma es acaso la ciudad del mundo que más calamidades ha sufrido. La historia recuerda el vértigo que a la muerte de Nerón se apoderó de los ciudadanos, los cuales salían a las calles con el gorro encarnado de los libertos, a abrazarse sin conocerse, a llorar de placer de encontrarse vivos, a olvidarse con la esperanza de mejores tiempos, de los horrores de que habían sido testigos. Otro tanto sucedía entre los primitivos cristianos, al proclamar Constantino al cristianismo, religión del Estado. Los mutilados que habían sobrevivido al martirio salían de las oscuras Catacumbas, donde vivían ocultos, para gozar en las calles de Roma del aire libre y de los rayos del sol, de que se habían visto privados: el pueblo se hincaba de rodillas ante ellos para adorarlos, como a confesores de la fe hasta entonces perseguida a muerte; y los cristianos corrían a los templos, subían a las alturas o descendían a las capillas secretas de las Catacumbas a desahogar, en oraciones e himnos de gracias, el gozo de que se sentían abrumados. La amnistía del nuevo Papa renovaba para Roma el recuerdo de aquellas peripecias súbitas de su historia. La ciudad entera se lanzó a las calles, sin saber a que, sintiendo estrecho para sus emociones el hogar doméstico. Millares de presos, desconocidos, envejecidos en la prisión, medio desnudos, con el pelo desmelenado y la barba entera, corrían de un monumento a otro, extasiándose a la vista de aquellos inválidos de la antigua gloria de la patria, embriagándose con las emociones que en un corazón

italiano produce el espectáculo de lo bello, de lo artístico; interrumpidos en fin, en sus correrías de locos, por una familia que quería reconocerlos; por una madre que pedía noticias de su hijo, preso muchos años, sin acertar a dar señas que conviniesen al cambio experimentado por la edad. Y luego, aquella muchedumbre romana que llenaba las plazas y el Corso, abrazándose, y riendo con las lágrimas en las mejillas, se la veía dirigirse hacia el Capitolio, y allí ante la estatua ecuestre de Antonino Pío, las de Castor y Polux, la Minerva, y el palacio fabricado por Miguel Ángel, el inmenso Pópulo romano como en los tiempos antiguos, entonaba himnos en coro universal en alabanza del nuevo Papa, del nuevo emperador, del Marco Aurelio moderno. La ciudad se iluminaba espontáneamente, y del Capitolio el pueblo descendía en procesión para subir al monte Caballo, y hacer llegar en el Quirinal hasta los oídos de Pío IX, el clamor unísono de cien mil voces humanas que lo aclamaban, Pío, Grande, y Salvador de la Italia; pidiéndole que desde el balcón echase sobre ellos y sobre la tierra, la bendición papal, tan grata para los romanos cuando les viene de un príncipe amado.

Un cura de campaña, testigo de estas manifestaciones de regocijo, describe al Obispo de su Diócesis las fiestas romanas, con aquel colorido de las sensaciones experimentadas, que no puede imitarse; por lo que prefiero insertar la parte narrativa de su carta. Estas fiestas además tienen el sello artístico y popular que caracteriza todos los actos públicos del genio italiano. "Escribo, dice, más bien bajo la influencia de la conmoción que del entusiasmo; escribo porque mi alma siente la necesidad de comunicar a los otros, los efectos experimentados al ser partícipe de cosas grandes. De mi parroquia, en cuyo ministerio me siento casi envejecido, me trasladé a Roma, y conmigo casi todos mis feligreses; no quedando en casa sino los ancianos y los niños, y aun de estos no todos. Por todas partes resuena el grito de la bondad de Pío IX, de aquella virtud que es el patrimonio de la grandeza, por lo que yo no podía resistir al deseo de ver a este hombre raro. Tardaba para mí el momento de verle levantar la diestra y bendecirme. En el vapor, que se encuentra en el puente Felice nos embarcamos cerca de cuatrocientos.

No bien hube llegado a Roma y después de haber pasado el menos tiempo posible en la hospedería, estuve pronto para ver lo que de grande y de bello presentaba la ciudad de las siete colinas. Mi pobre pluma acostumbrada a escribir homilias y catecismos para mis feligreses, no puede describir con propiedad lo que he visto en Roma en esta circunstancia. Hay además cosas que no pueden describirse: porque el entusiasmo, la admiración, el gozo se sienten sin alcanzar a pintarlos. Su Señoría conoce el Corso de Roma. Dos filas de altas columnas fueron plantadas sobre la orilla de las veredas, y sobre cada una ondeaban dos banderas cruzadas, blanco y amarillo, con el escudo del Pontífice, y el mote que resuena en los labios de todos ¡Viva Pío IX! Eran en todas mil ochocientas banderas; sin contar con las innumerables echas para llevar en las manos, de las cuales tenían una cada joven de uno y otro sexo. En el fondo del Corso, tras de las dos Iglesias de Santa María dei Miracoli, y la Madona di Monte Santo, se elevaba un majestuoso arco de triunfo de noventa palmos de alto y más de ciento de ancho, imitado del de Constantino por el arquitecto Felice Cicconetti. Adornábanlo ocho majestuosas columnas, con capiteles corintios, y ejecutadas con toda la perfección del arte. Sobre estas columnas se elevaban otras tantas pilastras, que sostenían los pedestales de los genios de las provincias romanas ejecutados en plástica; seis bajo relieves

adornaban esta majestuosa mole. Los dos que miraban hacia el Corso representaban — *Jesucristo que da las llaves a San Pedro* — *Los apóstoles con la Virgen en el cenáculo en el momento que desciende sobre ellos el Espíritu Santo*. Otros dos — *El Pontífice dando la Paz*— *dando audiencia pública*. Descollaba sobre el arco un grupo colosal de tres estatuas. El Pontífice con la de la Paz a la izquierda teniendo un ramo de olivo y una corona, y la Justicia con el León reclinado a la diestra; bellissimo pensamiento que expresa *el justitia et pax osculate sunt.*”

“El alba del día ocho apareció serena como los votos y los deseos del pueblo romano, que mil y mil veces rogó a la Virgen, a fin de que ni lluvia ni mal tiempo turbasen aquel día para él tan solemne. Todo el Corso estaba adomado de gala: paños, rasos, damascos, guirnaldas colgaban de las ventanas y balcones. El palacio Rúspoli, donde está aquel famoso café iluminado con gas, no presentaba en el primer piso sino una majestuosa galería hecha por dirección y a expensas del señor Rissi. Leíanse inscripciones en el hospital de San Giácomo, en el casino del Palacio Costa, sobre el arco triunfal, y sobre las telas pintadas que adornaban el semianfiteatro erigido al pié *del Obelisco del Popólo*; inscripciones en muchas ventanas, almacenes i balcones, muchas de ellas bíblicas”.

“Mas he aquí que el alegre resonar del bronce anuncia el arribo del Sumo Pontífice: la vía del Corso se cubre de pueblo que en grata agitación anhela por ver a Pío IX. El noble cortejo procedía lentamente, y era precedido no de guerreros, sino de un escuadrón de jóvenes, que con un ramo de olivo elevado en alto y una bandera en medio, venían cantando el Osana. Sobre su pasaje se esparcían flores, y ramos de olivo; flores derramadas por manos delicadas, llovían desde los balcones sobre las carrozas. Por todas partes se agitaban banderas y pañuelos al grito incesante de ¡Viva! dando a estas escenas mayor movimiento el ahínco de cada uno para ver al paso al objeto de tanta felicidad, de donde resultaba el continuo ondear del pueblo. Mi primer deseo fue en este día satisfecho: vilo y derramé lágrimas de placer, porque la dicha tiene también sus lágrimas que nada puede contener”.

“El cortejo se detuvo cerca del Arco, por indicación del Pontífice que quiso ver la obra de la gratitud, y de la admiración de sus compatriotas. ¡Como podré yo, o Monseñor, describir el espectáculo que presentó en aquel momento la Piazza del Pópolo! ¿Cómo describir aquel agrupamiento de gente, ondeando como el mar; aquel contento que se manifestaba en todos los semblantes, aquel panorama que presentaban los palcos adomados con variedad, y sobre los cuales tremolaban banderas y cien otros emblemas? Sobre la pendiente del monte Pincio hombres y niños se trepaban sobre las estatuas de mármol que por aquel lado se levantan; y de todas partes al agitar de los pañuelos, los vítores universales sofocaban el sonido de las bandas militares. Pío IX vio aquel espectáculo, ¡vio aquel pueblo y lo bendijo! ¡Cuan agitado ha debido sentir su corazón en aquel sublime momento, y cuan inescrutable son los secretos de Dios! He aquí un hombre que, misionero y enviado apostólico a Chile cinco o seis lustros ha; después sacerdote de celo y de caridad en Roma, recibe ahora los homenajes más puros y cordiales, que pueda un pueblo tributar a un mortal”.

“Concluida la ceremonia, cuando el Pontífice regresaba a su palacio del Quirinal, crecía la multitud y con ella el entusiasmo; acompañándolo el pueblo hasta Monte Cavallo en medio del mismo movimiento, y bajo la lluvia de flores,

arrojadas desde los balcones del tránsito, tan ricamente adornados como los del Corso. Apenas Pío IX subió las escalas de su palacio, se dirigió al gran balcón para bendecir de nuevo al pueblo, que al verlo aparecer prorrumpió en clamorosos vivas. Mas cuando con una señal de su mano reclamó el silencio, cesó de improviso el rumor, no oyéndose sino el ruido que al caer hace el agua de la vecina fuente. Cada uno escuchaba en el más profundo recogimiento la oración que precede a la bendición solemne; no cesando aquel reverente silencio, sino cuando el Supremo Jerarca hubo dado la bendición, repitiendo el pueblo *amen*".

"Ni terminaron con este acto solemne las fiestas del ocho de Setiembre. Al caer la noche el Corso estaba enteramente iluminado, unas casas con hachones de cera, otras con candelabros de colores, produciendo esta variedad un espectáculo encantador. Una tea brillaba sobre cada una de las columnas, y el pueblo en densa masa recorría la Vía del Corso, gritando ¡Viva Pío IX! Era imposible dar ingreso a los coches, y aunque hubiese habido posibilidad de entrar, ninguno se presentó; y no obstante la apretura de las gentes, jamás vióse concordia más grande; ningún desorden, ningún inconveniente entre estos millares de personas venidas de todas las ciudades y provincias vecinas, sin que la presencia de tropas fuese necesaria para producir efecto tan raro, hijo del contento universal.

"Una inmensa multitud de pueblo se había reunido en la Plaza del Pópolo, donde se cantaba un himno en honor del Papa, ejecutado por centenares de jóvenes; himno puesto en música por el Maestro Moncada, con breves palabras de joven escritor; haciéndole eco el coro de Moroni, hecho sobre las palabras del poeta María Geva. ¡Qué espectáculo tan sorprendente! La armonía repetía las alabanzas de Pío IX, y creía al oírlas que el viento las llevaría en sus alas a las cuatro partes del mundo. Más tarde en el silencio de la noche, oíanse por toda la ciudad estos coros repetidos por cuadrillas de jóvenes que los habían retenido".

"He ahí un paso en la civilización; la música debe hacerse popular. Llevo conmigo estos dos coros a mi pobre parroquia, y con ellos una colección de poesías bellísimas que haré leer a mis feligreses, que son mis hijos en el Señor. Pero ¡buen Dios! me contrista la idea de que pocos saben leer: faltame una escuela; pero ahora que conozco cuan útil es tener un pueblo instruido, quiero abrir una escuela, a fin de que todos participen de sus ventajas; yo mismo seré el maestro; porque es muy necesario que aun el pueblo de la campaña sea instruido. Pío IX me ha inspirado: la circular de su secretario de estado recomienda la instrucción civil y religiosa de la clase baja; y no teniendo maestro municipal quiero suplir personalmente esta falta. Pío IX ha fijado con su reino una época nueva, llena de dificultades; pero nosotros los sacerdotes debemos ayudarlo. Si todos recordamos el santo misterio que Dios y la sociedad nos han impuesto, no faltaremos a nuestro deber; el porvenir será glorioso, y nosotros, ministros del santuario recogeremos las bendiciones en esta y en la otra vida. ¡Todos los sacerdotes debemos tener presente que la civilización está en nuestras manos! ¡Ay de aquellos que en vez de propagarla, la sofocan!"

Rossini, ha compuesto después un himno para el pueblo romano, el cual fue ensayado en las temas de Tito que están sobre la Casa Áurea de Nerón el día de la fundación de la ciudad por Rómulus, que aun continúan celebrando los romanos; y con la sorprendente e innata aptitud artística de los italianos,

vióse a la muchedumbre, reproducir con inaudita expresión, al segundo versículo, la música del primer maestro de la época⁶. ¡Oh! Si la aprobación de un pueblo inteligente y eminentemente artista es la única recompensa que los hombres de conciencia y de corazón pueden apetecer, Pío IX, ha gozado momentos de felicidad que a pocos hombres ha concedido Dios tan puros en la tierra; y las sencillas y cordiales ovaciones y triunfos que sus compatriotas le han prodigado, han debido darle fuerzas suficientes, para despreciar soberanamente en lo profundo de su corazón, el temido poder del Austria, y la política tortuosa de la Francia.

El advenimiento de Pío IX fue la señal de alarma para los gobiernos despóticos, como lo fue de júbilo y de esperanza para los pueblos y los hombres inteligentes, que se interesan en el progreso de la especie humana. Al mismo tiempo que la prensa de todas las naciones civilizadas y libres se extasiaba contemplando el raro vuelco que hacía el presente y el porvenir de la Italia, y del mundo cristiano, el sombrío gobierno austriaco, amenazaba al Papa bondadoso que había probado en dos horas, que los presos políticos, los cadalsos, y el descontento público que se quiere ahogar en sangre y en violencias, son la obra exclusiva de los malos gobiernos. Las reformas que ya se traslucían, provocaban otras tantas protestas fulminantes, como si el nombre de libertad, pronunciado libremente en Roma fuese la condenación y el anuncio de la caída de los despotismos italianos, y de la férrea dominación austriaca en la Lombardía. El gobierno francés, por su parte andaba parco en la manifestación de sus simpatías; el rey de las dos Sicilias se llenaba de espanto, y toda la Italia en fin, en medio de las aclamaciones populares, que la policía no era parte a estorbar, esperaba con ansia el resultado de estos preparativos de oposición de los gobiernos, al simple deseo que el Papa había mostrado de manifestarse justo.

Éstas complicaciones exteriores tienen eco y forma en el interior también. El colegio de Cardenales está compuesto por los mismos individuos que habían participado, aconsejado y dirigido la política del papado anterior. Las oficinas, la Curia, la Propaganda, están de antemano organizadas, y los escribientes y secretarios del Papa, eran sus espías, y aun sus delatores ante el Austria, que por este medio se ponía al corriente del pensamiento mismo del soberano Pontífice, aun antes de haber sido formulado en actos públicos. Hacían aun más difícil la situación de Pío IX, las esperanzas o prematuras o irreflexivas de los mismos a quienes quería favorecer. Es el papado, como el imperio romano, un gobierno electivo en su esencia; pero una vez elegido el príncipe, la dictadura o el *motu-proprio* es completo, absoluto; y no se cambia de un solo golpe una organización tan profundamente arraigada. A más de que el papado ejerce por otra parte la soberanía de las conciencias, y por tanto no puede abandonar al pueblo sin desmentirse, la libre discusión de las ideas. Oponíanle, pues, resistencias de inercia la mayor parte de los funcionarios, la traición oculta y disimulada muchos de los que lo rodeaban, al mismo tiempo que el pueblo se impacientaba, exigiendo reformas que no era dado al Gobierno conceder, sin amenguar su autoridad. Situación espinosa que habría arredrado a cualquiera otro hombre que no fuese Pío IX, plenamente convencido de sus ideas, resuelto a ponerlas en ejecución, en despecho de las resistencias, y sólo hasta donde se lo permitiesen los deberes augustos del

⁶ Véase la nota A al fin.

Sumo Pontífice. "Ánimo Pío IX", le gritaba el pueblo reunido delante del balcón del Quirinal, "¡Animo Pío IX, y guardaos del veneno!" "Estáis solo" le decían otras veces, al recorrer la Vía papal, "pero nos tenéis a nosotros. Mandad y seréis obedecido" y un inmenso clamoreo de "sí, sí, aquí estamos para morir en vuestra defensa" le iba siguiendo, a medida que avanzaba el cortejo. Estas manifestaciones populares son más frecuentes e inevitables en Roma que en parte alguna, y vienen apoyadas en las tradiciones antiguas y en las prácticas mismas del papado; así es que las relaciones entre el Papa y el pueblo son íntimas, y el Gobierno puede contar diariamente las pulsaciones populares, y leer en los semblantes el espíritu que anima a las masas. Cuando el pueblo se siente animado de alguna pasión, acude instintivamente al Monte Caballo y se agrupa en frente de las puertas del Quirinal, para pedir la vista del Papa, que tiene por costumbre presentarse al balcón, que para este efecto tiene el edificio, y desde donde da al pueblo la bendición particular, a diferencia de la solemne *Urbi et orbi* que sólo se administra desde el balcón de la basílica de San Pedro. Cuando el Soberano Pontífice se dispone a visitar de ceremonia una basílica, o una iglesia particular, las calles por donde ha de atravesar el cortejo, se cubren de una capa de arena amarilla, a fin de hacer más blando el movimiento de los carruajes. Este tránsito de antemano conocido se llama Vía papal, y el pueblo se agrupa en hileras, a lo largo de ella, para ver de paso, al Pontífice, que recibe en cambio de su bendición, las adamaciones de gratitud y afecto cuando es querido, o el silencio indiferente, si no goza del aura popular. De este modo la opinión pública está de patente a los ojos pontificios, y el pueblo puede ejercer su parte de influencia en el ánimo los que gobiernan, a no ser que estos cierren sus ojos y endurezcan su corazón, para no ver ni sentir las necesidades ni los deseos de las masas. Pío IX mismo, no ha estado libre de presenciar la desaprobación romana, manifestada del modo más noble y digno que puede hacerlo un pueblo. La prensa en Roma está sujeta a la censura; y esta censura desempeñada por un solo individuo era arbitraria, absoluta, sin responsabilidad, y sin limitarse a materias religiosas o políticas. Una idea que sobre bellas artes no agradase al censor, por ser contraria a las suyas propias, no podía ver la luz pública; porque el censor la rechazaba. Así continúa gobernándose el Austria, la Rusia, y todos los países despotizados. Pío IX quería reformar este abuso embrutecedor; pero en los límites que la misión religiosa y la organización del papado lo permiten; y al efecto nombró una comisión de censores, limitando a materias especiales la censura, y escogiendo para ejercerla personas competentes. Hay sin embargo, una conciencia pública del derecho que es común hoy a todos los pueblos cristianos, la misma Inglaterra que en Roma, en Francia que en Rusia, entre los que han cultivado su inteligencia; y la reserva papal, tan fundada en necesidades de su ministerio, chocaba con esta convicción común a todos los pueblos cristiano, de que la manifestación del pensamiento escrito debe ser tan libre como la palabra, no pudiendo castigarse con justicia el delito de palabra o por escrito cometido, sino después de emitido y publicado. El *motu-proprio* papal como todos los decretos, llevaba las armas de la familia de MASTAI, distintivo de su reinado, y cuando el edicto que creaba la nueva censura, fue fijado en los parajes públicos, el descontento no tardó en manifestarse; pero de una manera tan artística, que valía la pena de perdonarlo. Al día siguiente aparecieron todos los carteles con las armas de Gregorio XVI, que los descontentos habían pegado sobre las de MASTAI, para indicarle que en

aquella medida al menos, continuaba el espíritu de la administración anterior; epigrama mudo pero elocuente como el cadáver de César presentado al pueblo romano por Marco Antonio, y que entristeció profundamente a Pío IX. Más tarde con motivo de otra medida impopular, el pueblo se reunía a lo largo de la Vía papal, y un silencio sepulcral acogía en lugar de los acostumbrados vítores y aplausos, al silencioso y triste cortejo, que parecía más bien llevar al Papa a un duelo que a las ordinarias funciones de su ministerio.

Estas pequeñas contrariedades no han estorbado que Roma, como la Italia, como el mundo cristiano haga plena justicia, a la pureza de sus intenciones, y a la decisión con que ha emprendido la reforma de los envejecidos abusos del papado. Visitaba a principios de 1847 el convento de Santa Croce in Jerusalem, y los monjes que lo habitan le enseñaban en la carta, la Italia, con su forma conocida de una bota; y Su Santidad con tono indicativo replicaba "¡Bella! pero le falta a la bota una espuela". Cuatro días después en la célebre biblioteca Casanatense que está en Santa María Supra Minervam, alguno pedía la vida de Julio II. "Fue un gran Papa" observó Pío IX; "pero, tenía en su favor el colegio de cardenales, y todo le era lícito emprender" — "También tuvo enemigos", le hizo presente el cardenal que de oficio estaba en su compañía — "Pero, los pulverizó," contestó Pío IX con voz breve y acentuada que impuso silencio a su interlocutor.

Estos dichos del Papa y sus acciones aun las que él deseara tener secretas, entretienen con largos comentarios la ávida curiosidad de los romanos. Una señora que lo había conocido en otro tiempo, hallándose en la miseria, imploró su beneficencia, por un memorial. El Cardenal que recibe estos escritos no prestó atención a la súplica, o no la creyó fundada. Un segundo memorial indujo a Pío IX a desear conocer por sí mismo el asunto, para cuyo fin, vestido de dérgigo particular, acompañado de un solo familiar, se presentó en casa del cura vecino a la residencia de la suplicante para hacerse conducir. Introducido a la familia, el Papa pudo juzgar a vista de ojo, de la angustiada situación de aquellos que en otro tiempo había visto en la opulencia, y hubiera terminado su visita sin ser reconocido, si un niño de siete años no se hubiese acercado a la madre, diciéndole despavorido, y señalándolo "¡Mamá! ¡el Papa!" Echarse a sus pies la familia y recibir seguridades de protección y amparo por siempre, fue el desenlace de esta escena, que valió al Cardenal una reprimenda, y a la señora una pensión.

Uno de sus camaradas de colegio volvía del destierro y pidió una entrevista al Papa, quien sabiendo su estado de penuria, abriendo un escritorio y dándole dos escudos que en él halló: "He aquí" le dijo, "todo el caudal de que puede disponer Pío IX en este momento; pero el tiempo nos pertenece a ambos, y él vendrá en nuestro socorro". Pietro Renzi el célebre abogado, caudillo del levantamiento de la Romagnola, admitido a la presencia del Soberano Pontífice, prorrumpió en sollozos al verlo; el Papa conmovido lo estrechó entre sus brazos llorando, y nada pudieron decirse de las excusas que el uno debía hacer, o de la reiteración del perdón públicamente acordado por el otro. Sajani, era uno de los escritores emigrados de muchos años establecido en Malta, autor de la *Speranza*, periódico revolucionario, y que volvía a Roma aprovechando de la amnistía. Obtuvo sin dificultad una audiencia de Su Santidad, de cuyos pomenores dio cuenta la prensa contemporánea. Citaré algunas palabras de Su Santidad, que tienen relación con los primeros actos de su gobierno. "En nuestros países meridionales", decía el Papa, "los hombres

son un poco perezosos; no es como en los países fríos, donde casi por fuerza reina una grande actividad, aunque no fuese por otra cosa que por librarse del frío. Pero yo espero que se promoverán las buenas industrias" "Se hará, ¡se hará todo lo que se pueda! Pero hay tanto que hacer... ¡y cuanto! Esto requiere tiempo, no son cosas del momento". Continuó hablando, dice Sajani, sobre la industria, con las doctrinas de un verdadero economista; habló de caminos de hierro, de códigos, de la guardia cívica de Bologna, y finalmente le preguntó de qué se ocupaba en Malta. Entrando en asuntos de imprenta pidióle permiso de hablarle con toda libertad, exponiéndole, cuando lo hubo obtenido ilimitado, algunos de los pensamientos publicados en la *Speranza* con respecto a la situación de Italia. Pidióle Su Santidad en seguida detalles sobre un periódico protestante, *L'Indicatore*, que se imprimía en Malta, inquiriendo quiénes eran los redactores. Sajani satisfaciéndole, añadió que todos los diarios protestantes se habían mostrado entusiasmados con su exaltación, a lo que Su Santidad respondió que había leído muchos artículos, sobre todo los del "Times", y después de vario discurrir conduyó diciendo "yo debo hacer también mi parte de Obispo. Acordaos de los asuntos religiosos, hijo; si los habéis descuidado, volved a ocuparos de ellos" con lo que le dio la bendición para sí, su mujer y su hija a quien conocía y estimaba mucho.

Otro emigrado había vuelto de Inglaterra donde se había casado con una dama protestante. La Curia se ensañó en persecuciones contra los esposos, y el emigrado a punto de abandonar de nuevo su patria, quiso al fin explicar su embarazosa situación al Papa. "Esposo, le dijo este, poniéndole una mano sobre la cabeza y alzando la otra al Cielo, estáis unido ante Dios a tu esposa": "ciudadano romano, vuestro deber es permanecer donde la patria necesita de sus hijos. Yo arreglaré este asunto". La inglesa que oía estas palabras, se precipitó a los pies de Su Santidad, exclamando "¡Católica! ¡Católica! ¡quiero ser católica! — Pero el Papa levantándola del suelo, le dijo — "¡No! No se convence el espíritu por los movimientos del corazón, y no han de abandonarse las creencias en que se nos ha educado, en un momento de emoción. Vaya V. señora, y si un día, serena y tranquila, se siente llamada a entrar en el seno de la Iglesia, yo le abriré de par en par las puertas; yo le administraré el Bautismo". Un devoto iluso había dejado una gran fortuna al sacerdote que le dijese la primera misa después de muerto; medio de salvar el obstáculo opuesto en Roma a los legados en favor de órdenes religiosas. Apenas lo supo el Papa, dijo una misa a la intención del finado, se declaró heredero universal, según el tenor del testamento; y convocando a los deudos, perjudicados por aquella disposición, les recomendó proceder a las particiones, según los trámites ordinarios.

El Agro Romano es un yermo desierto, cenagoso, estéril y enfermizo, a causa del abandono en que la agricultura yace a los alrededores de Roma. La esperanza de mejores tiempos, imprime en Roma a los espíritus, una actividad hasta ahora desconocida, y gran número de patricios, propietarios de grandes eriales, se constituyeron en Sociedad Agrícola, con el objeto de vender terrenos, y emprender trabajos de disecación a fin de mejorar la agricultura y dar ocupación al pueblo. Pío IX se presentó en la sala de las sesiones, se inscribió miembro de la sociedad, decretó en su favor una suma considerable, declarándose protector del instituto. Los mendigos que infestan a Roma, llamaron desde luego su atención, expulsando del estado romano, los de otros estados, y prohibiendo en muchas categorías de empleados subaltemos,

prácticas envejecidas, que saben de lejos a mendicidad. El proyecto de establecer caminos de hierro mereció a Su Santidad decretos que los favorecían. La educación popular tan vergonzosamente atrasada en el estado romano llamó desde luego su atención; siendo digna de citarse la declaración que principia el decreto siguiente. Dice así:

"Roma Agosto de 1846. — Los delitos, y entre ellos las riñas y los hurtos, que con demasiada frecuencia ocurren de algún tiempo, en algunas provincias del estado Pontificio, han inducido al gobierno a proveer como lo hace, no sólo con los medios correspondientes a la necesidad urgente del momento, sino con sabias medidas para prevenirlos, que destruyan la causa, o disminuyan por lo menos su perniciosa influencia."

"La primera de ellas, no puede menos de reconocerlo, es el ocio, al cual se abandona una parte de la juventud artesana o campestre, y de allí viene la necesidad de procurarle útil ocupación, y sobre todo vigilar la buena educación de los niños, que abandonados a sí mismos harían temer por un porvenir aun peor."

"Penetrada la Santidad de nuestro Señor, de la grande importancia de esta verdad, ha ordenado llamar la atención de los jefes de provincia, a fin de que, de concierto con los magistrados locales, retraigan del ocio a la juventud, aplicándola a trabajos de utilidad pública; i aprovechando del socorro de los celosos ministros del santuario, de los nobles y de los ciudadanos probos, como ya ocurre en todas partes, pongan mano a la obra de extender en cada localidad la educación civil, y religiosa de la ínfima clase del pueblo."

En estas como en las subsiguientes medidas, podía quedar completamente satisfecho el deseo expresado por los que en las luchas de la Romagnola, pedían "que el gobierno pontificio entrase en el camino de todas las mejoras sociales que vienen apuntadas por el espíritu del siglo" y formuladas felizmente en la siguiente inscripción, compuesta en Boloña, poco antes foco de la oposición, y ahora una de las columnas en que se apoya el gobierno pontificio⁷.

A PÍO IX. P.O. M.

GLORIA INMORTALE
 ABOLITI LE TRIBUNALI DI ECCEZIONE
 CONCESSE LE STRADE FERRATE
 DATA LIBERA LA PUBLICA UDIENZA
 MODERATELO SPENDIO LEGALE DELLA CORTE
 TERSO IL PIANTO DI TANTI ÍNFELICE

E

RESTITUITA LA CONFIDENZA LA PACE
 CON LARGHISSIMA GENERALE AMNISTIA

⁷ Este apéndice es un fragmento de las cartas inéditas del autor *Viaje por Europa, África y América*.

TANTO

NEI PRIMI XXX GIORNI DI REGNO!
OH AMORE OH DELÍZIA DEI POPOLI!
OH ARRA PREZIOSA
DEL PIÚ FORTUNATO AVVENIRE.

BOLOGNA IL XX JUGLIO
MDCCCXLVI

NOTA A

Palabras del himno de Rossini

Su, fratelli letizia si canti
Al magnánimo core di Pío,
Che a la santa favilla di Dio
S' inflamó del piú dolce pensier.

Pace, pace risuoni ogni lido;
Gioja, gioja risponde ogni core;
Benedetto il sorriso d'amore
Che schiude a salute il sentier.

Gloria Santo Gerarca divino
Gloria esultiamo, esultiamo
De fratelli al soave richiamo
Si riscuota ogni petto di gel.

Di virtu de sul colle fiorito
Procediamo con spirto sincero
Una voce s'ascolti, una voce
Pace, amore, justizia, dover.

Il meschino anzi tempo orfanello
Nella faccia patema s'affisa
E le care sembianze ravvisa

Allá gioja perpetua d' amor

O fratelli, esultiamo, esultiamo
 Grazie, risponda ogni cor
 Ecco il giomo ed il giomo aspetato
 Ecco il giomo de pace d' amor.

RELACIONES DEL PAPA CON CHILE

La misión apostólica a Chile de que formó feliz parte el Canónigo MASTAI, hoy Pió IX, ocupó la casa que ahora habita el Presidente de la Suprema Corte de Justicia don Juan de Dios Vial del Río, Calle de Valdivia (*de la Bandera*), dando frente sus ventanas al templo de las Monjas Capuchinas. Su Santidad, durante su residencia en Santiago cultivó la relación de varios seculares y de muchos eclesiásticos, dejando vivos recuerdos de la amabilidad y bondad suma de su carácter. Entre los primeros pueden citarse los señores don Francisco Ruiz Tagle, don Pedro Palazuelos, don Pedro García de la Huerta, y familia de los señores Reyes; entre los segundos muy particularmente el señor Canónigo (entonces simple presbítero) don Pedro Reyes, el actual Deán de la Catedral de Santiago don José Alejo Eizaguirre y otros. Vuelto a Italia el Canónigo MASTAI, continuó comunicándose con el Canónigo Reyes, a quien profesaba la más tierna amistad, habiéndose prometido ambos al separarse, anunciarse los acontecimientos más notables que ocurriesen en la vida de cada uno de los dos amigos. Cuando MASTAI fue elevado al obispado de Spoleti, al de Imola, y últimamente al cardenalato, escribió al señor Reyes anunciándole sucesivamente estos faustos acontecimientos. Con el autor de estos apuntes, como después con el señor enviado de Chile cerca de la corte de Roma, don Ramón Luis Irrarrázaval. Su Santidad se ha detenido largamente, pidiendo noticias circunstanciadas sobre todo lo que tenga relación con estas personas, cuyo recuerdo es para Su Santidad siempre grato. La jovialidad de su carácter le llevó durante su mansión aquí, a usar de mil condescendencias con José Romero (alias Peluca) cuya originalidad debía divertirle mucho; puesto que admitió gustoso ser su compadre, habiendo administrado el bautismo a uno de sus hijos.

Las cuatro cartas autógrafas que en copia damos a continuación, son una muestra de los recuerdos que Su Santidad hace aún, de su morada en Chile; pero aun hay otro monumento más duradero de su munificencia, con el cual ha querido hacer imperecedera la memoria de su residencia en este país. Tal es el magnífico cáliz que Su Santidad se ha servido mandar al Venerable Deán y Cabildo de la Catedral de Santiago, siendo el mismo cáliz en que Su Santidad celebró en la fiesta de la Natividad en el pasado año. Es dicho vaso sagrado una obra maestra de arte, de formas elegantísimas y del más delicado gusto. Adornan el pie de la copa, dividida hexagonalmente por arabescos de relieve, seis medallones en que alternan cruces de rubí, y las armas de la familia MASTAI Ferreti, que son las del Papa, en oro, sobre un fondo de lapizlázuli. En rededor a la copa hay otros pequeños medallones, adornados

con arabescos, y conteniendo en su seno en letras de oro, el nombre venerado de Pío IX.

Sabemos con placer que el venerable Deán y Cabildo Eclesiástico de Santiago ha pedido a Roma un retrato de Su Santidad para colocarlo en su sala capitular, como un recuerdo de la mansión del Papa en Chile, transmitiendo así a la posteridad la imagen de varón tan eminente, que por circunstancias peculiares se liga a la historia de Chile. El Cabildo además prepara algún obsequio que muestre a Su Santidad la profunda veneración que le inspira, recolectando para ello objetos indígenas de valor científico o artístico, dignos de estimación en aquellas regiones. Chile, es inútil decirlo, recordará siempre con envanecimiento estas manifestaciones honrosas de Su Santidad, y el nombre de Pío IX, quedará de hoy más entretejido, como una de sus más preciosas joyas, con los que adornan su historia contemporánea.

CARTA DE SU SANTIDAD A LAS MONJAS AGUSTINAS DE SANTIAGO

PÍO PAPA IX

Amadas hijas en Cristo salud y apostólica bendición,

Nos han sido entregadas vuestras letras escritas con íntimos sentimientos de piedad y de obsequio, con las cuales quisisteis en grande manera congratularnos por nuestra elevación al sumo pontificado de la iglesia, no por nuestros méritos, sino por un juicio oculto de Dios. Este vuestro obsequio nos ha sido tanto más grato cuanto que hemos traído a nuestra memoria, y con no pequeño placer de nuestra alma, aquel tiempo en que constituido en un grado inferior, y viviendo en esa ciudad por motivos de religión, muchas veces acostubrábamos ir a vuestro monasterio: también nos ha sido de sumo consuelo comprender por vuestra carta las fervorosas oraciones que dirigís al Dios Todo-Poderoso por nuestra salud y próspero gobierno; y esperamos de vuestra religiosidad que jamás ceséis de clamar con instancia al padre clementísimo de las misericordias, porque con su virtud toda poderosa ayude, corrobore, y fortalezca nuestra debilidad, que trabaja por su santa iglesia, en estos borrascosos y trabajosísimos tiempos, con cuyo auxilio podamos dirigir a la mayor gloria de su nombre nuestros deseos y operaciones. Nosotros ciertamente no omitiremos pedir al mismo piadosísimo Señor que con la abundancia de su divina gracia siempre propicio quiera asistirnos, con la cual más os estrechéis con el amado, que se apacienta entre los lirios, y caminando con ánimo más veloz de virtud, adornéis vuestras lámparas siempre con el óleo más puro de la caridad, con las cuales salgáis al encuentro al Esposo, para que os introduzca en los eternos tabernáculos, y con la protección de este superior auxilio, y en testimonio de nuestro paternal y especial amor hacia vosotras, os damos a vosotras mismas amadas hijas en Cristo, con el mas íntimo afecto del corazón, amorosamente la Bendición Apostólica. — Dado en Roma en Santa María la Mayor el día 20 de Junio de 1847. Año 1° de nuestro pontificado.

PÍO PAPA IX.

CARTA DE SU SANTIDAD A S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Amado Hijo, Ilustre y Honorable Varón, salud y bendición apostólica.

Respondimos ya a la carta que nos trajo el amado hijo, Ramón Irarrázaval, para acreditarse de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario constituido por Ti cerca de Nos y de esta Santa Sede; y contestamos ahora a las otras dos caras en que, Amado Hijo, Ilustre y Honorable Varón, nos anuncias el gozo y gran regocijo que Tú mismo y toda la Nación Chilena recibisteis por nuestra exaltación al Supremo Pontificado, y así mismo nos significase con la mayor cortesía haber sido reelegido Presidente de la misma República. Nos ha sido sumamente grata esta demostración, particularmente brillando en ella del modo más vivo el distinguido celo de que estás animado hacia la Santísima Religión, y tu filial afecto hacia esta primera Silla de la Iglesia. Y en verdad no dudábamos, Amado Hijo, que sería para vosotros un motivo de suma alegría la dignidad pontificia que por el inescrutable juicio de Dios ha sido conferida a nuestra humildad, pues no era posible que dejase de celebrarla muy particularmente esa nación chilena, cuyo recuerdo nos es sobremanera agradable, así como profesamos la mayor gratitud a sus afectuosas demostraciones. Por lo demás, el que se cumplan vuestras brillantes esperanzas en orden al Gobierno de la Iglesia de que nos hemos encargado, eso a la verdad no debéis esperarlo de la virtud que alabáis en Nos y de que nos reconocemos destituidos, sino suplicarlo con fervorosas y asiduas oraciones al Eterno Príncipe de los Pastores. Y para que más esforzadamente lo hagáis, sirvaos de estímulo la Bendición Apostólica que, sacándola de lo íntimo del corazón, os damos amantísimamente a Ti, Querido Hijo, Ilustre y Honorable Varón, y a toda la ínclita nación chilena.

Dado en Roma en Santa María la Mayor a nueve de Agosto del año 1847, segundo de nuestro Pontificado.

PÍO PAPA IX. – Al Querido Hijo, Ilustre y Honorable Varón, Manuel Bulnes, Presidente de la República Chilena.

CARTA DE SU SANTIDAD AL VENERABLE DEÁN Y CABILDO DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO

PÍO PAPA IX

A los Amados Hijos, Capítulo y Canónigos de la Santa Iglesia Metropolitana de Santiago de Chile.

AMADOS HIJOS, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

Nada por cierto nos es más grato que daros alguna demostración de nuestra particular benevolencia para con esa ínclita Iglesia y vuestras personas, recordando bien la benignidad, atención y consideraciones que nos dispensasteis, cuando constituidos en un grado inferior estuvimos allí,

desempeñando asuntos de Nuestra Santísima Religión. Por tanto os enviamos un Cáliz de oro macizo con su patena para el uso del divino ministerio, en que Nos hemos ofrecido el santo sacrificio de la Misa el día de ayer consagrado a la Natividad de la Virgen María Inmaculada Madre de Dios. Mas aunque la triste condición de los tiempos nos impide, como deseáramos, ofrecer un don de mayor consideración, vivimos seguros de que este obsequio, cualquiera que sea, será para vosotros una prenda gratísima de nuestra entrañable y muy particular voluntad para con vuestra clase. Pero conociendo, no sin grave aflicción de nuestra alma, que allí no faltan enemigos de la Iglesia católica y de esta Silla Apostólica, no podemos menos, que excitaros en el Señor del modo más eficaz, Amados Hijos, para que en cuanto esté de vuestra parte, vuestra comportación rechace con valor, sabiduría y prudencia sus asechanzas y esfuerzos. Sobre todo, Amados Hijos: os suplicamos encarecidamente, que resplandeciendo por la gravedad de vuestras costumbres, integridad de vida y ejemplo de buenas obras, y cumpliendo cada uno piadosa y decentemente con los deberes propios de su ministerio, procuréis que en ese pueblo cristiano jamás decline el espíritu de piedad y religión, de que con gran placer de nuestro ánimo le hemos conocido animado cuando estábamos cerca de vosotros, a fin de que permanezca más y más constante en la profesión de la fe católica, se adhiera con firmeza a esta Silla Apostólica, y principalmente cierre del todo la entrada a los libros pestilenciales que con gran dolor nuestro circulan allí en grave detrimento de las almas. No dudamos pues que, vosotros Amados Hijos, correspondiendo a estos nuestros deseos, os empeñéis en cuanto a nuestro deber pertenezca, en no omitir diligencia para promover la mayor gloria de Dios y la salud de las almas. Entre tanto, dándoos las gracias por el muy buen afecto para con Nos de que habéis demostrado de una manera admirable estar inflamados en vuestra obsecuentísima carta de congratulación, que con sumo gozo hemos recibido, pedimos humildemente al Señor pródigo en misericordia que, siempre propicio derrame sobre vosotros los más abundantes dones de su bondad, y se digne en todo acordaros prosperidad y salud. Como un presagio de ese supremo auxilio y testimonio de nuestro particular afecto para con Vosotros, amorosamente os concedemos de lo más íntimo de nuestro corazón la Bendición Apostólica a Vosotros Amados Hijos, y a todos los fieles clérigos y legos de esa Iglesia.

Dado en Roma en Santa María la Mayor, el día 9 de setiembre del año 1847, y segundo de nuestro pontificado.

Pío PP. IX.

CARTA DE SU SANTIDAD A LAS MONJAS CAPUCHINAS DE SANTIAGO

PÍO PAPA IX.

Amadas Hijas en Cristo, salud y bendición apostólica.

Con muchísimo agrado y satisfacción hemos recibido en estos días vuestra carta fecha doce del mes de octubre del año pasado, muy llena de sentimientos de afecto y piedad, en la que quisisteis ofrecernos vuestros votos y felicitaciones por nuestra exaltación al Sumo Pontificado de la Iglesia por un

oculto juicio de Dios. En verdad, vuestros sentimientos ni han sido nuevos para nosotros, ni tampoco inesperados; porque recordamos muy bien las consideraciones que acostumbrabais dispensarnos, cuando constituidos en menor oficio estuvimos allí desempeñando asuntos de nuestra Santísima Religión. Proseguid, pues, pidiendo con instancia al Clementísimo Padre de las luces y misericordias, en las preces que dirigís día y noche, se digne conceder a nuestra debilidad el espíritu de sabiduría y entendimiento, el espíritu de consejo y fortaleza con que podamos llenar las graves obligaciones del tremendo ministerio Apostólico para mayor utilidad de su Santa Iglesia. Nosotros ciertamente no dejaremos de pedir humildemente al mismo Clementísimo Dios, que multiplique sobre vosotras su misericordia, para que andando de acuerdo en la casa de Dios, como un solo corazón y una sola alma, y esforzándoos a caminar con el mayor empeño de virtud en virtud, adornéis siempre vuestras lámparas con el aceite más puro de la caridad, que salgáis al encuentro al Divino Esposo, para que os introduzca en los eternos tabernáculos. Y como un presagio de este soberano auxilio, y principalmente en testimonio de nuestra caridad hacia vosotras, amadas hijas en Cristo, recibid la Bendición Apostólica que os damos con amor y con todo el afecto de nuestro corazón.

Dado en Roma en Santa María la Mayor a diez de Noviembre de 1847, año segundo de nuestro Pontificado.

PÍO PAPA IX.